

ESTHER GARCÍA LLOVET

Gordo de feria



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Un gordo
Un flaco
Un cuento chino
Créditos

Un gordo

Un borracho. Un borracho de Semana Santa. Un borracho de Semana Santa atraviesa la plaza Mayor de la capital de España, son las cinco de la tarde, parece que va hablando por el móvil pero la verdad es que no tiene móvil porque se lo han robado hace horas y no se ha dado ni cuenta. Habla solo. Se llama de usted.

–Qué cosa más rara me ha pasado –dice el borracho.

El borracho se ha puesto a mirar una obra de canalización. En realidad se ha quedado apoyado en la valla amarilla que ponen en las obras para tener algo a lo que agarrarse, porque como se suelte sabe que se va al suelo, derecho a la zanja que hay en cualquier calle, las zanjas, las largas y hondas trincheras de Madrid, en guerra permanente contra todo lo contemporáneo. Ha trabado el pie ahí, ha cruzado los brazos sobre la valla y ha pensado eso en voz alta.

–¿Cómo dice?

–Me ha pasado algo rarísimo –repite el borracho.

El que está a su lado es un chaval de pueblo de la sierra; ha venido a Madrid a ver si encuentra novia, que no la va a encontrar. El borracho se mete la mano en el bolsillo de atrás, lleva bermudas y un polo blanco que le aprieta por todas partes. Saca una cartera que le enseña al chaval, una cartera de cuero, negra, muy usada, deformada de haber sentado el culo encima un millón de veces.

–Mira –le dice al chaval–. Anoche un señor me dio esto.

El chaval asiente con la cabeza.

–Muy bien.

Al chaval no le ha dado el sol en los últimos cincuenta y cinco años.

–Aquí dentro está mi destino. ¿Tú crees en el destino?

–Yo lo que creo es que me faltan dos euros para el interurbano.

–Pues aquí me parece que te vas a quedar.

–Vaya.

Silencio. Se quedan mirando las obras otra vez, aunque no hay obras que ver, ni un solo obrero. Solo está la zanja que deja a la vista una tubería muy ancha y otra muy estrecha y los estratos cada vez más profundos, más negros y húmedos y el cielo tan bonito, tan transparente, tan velazqueño, ahí al fondo del todo. No hay nadie trabajando. Es Domingo de Resurrección.

–Aquí ponía yo a trabajar a quinientos ochenta chinos –dice el borracho bien alto.

–Yo también.

El borracho se llama Luis. Se llama Luis pero le llaman Castor. Anoche, a las tantas, a las cinco y cuarto de la madrugada, Castor seguía sentado en la barra interminable del Plus Ultra, viendo en la tele la retransmisión de un partido de la liga china, en directo. A veces le parecía que jugaban veintisiete chinos contra otros veintisiete. Más anuncios. El camarero estaba hablando todo el tiempo, solo, a veces se quedaba afónico, no sabía escuchar, no le interesaba nada de lo que nadie le contara. No parecía un camarero.

–Cállate ya, joder –le dijo Castor.

Pero el camarero no se calló. Había abierto el bar para poder hablar con quien le diera la gana.

Cuando no le dejaban hablar se ponía a hacer preguntas para poder empezar una conversación cualquiera, así que le preguntó a Castor que si quería un arroz a la cubana. Castor le dijo que no.

–No. –Luego cogió un hueso de aceituna y se lo metió en la boca. Empezó a roerlo despacio, con ganas. Era su método habitual de procesar a fondo todo lo que se le iba pasando por la cabeza, su forma de triturar minuciosamente su conciencia con las muelas del juicio hasta que le dolían los oídos. Le hubiera gustado mucho tener un jefe para poder ciscarse en él, pero no tenía jefe. El jefe era él.

–A ver, dónde está la prensa del día –soltó.

Si no en un jefe, por lo menos le quedaba ciscarse en los políticos y en los ecologistas y en los periodistas. Y en la cultura, siempre tan a mano.

El camarero sacó un par de periódicos de debajo de la barra, los dejó frente a él y fue a sentarse a una mesa junto a la ventana, a escribir whatsapps que nadie le contestaría jamás. Castor cogió un periódico, no tenía más que tres páginas, era Semana Santa. Y entonces fue cuando pasó lo raro.

El tipo entró como una sombra, sin abrir el pico. Y se encaramó al taburete a su lado, codo con codo. El resto de la barra estaba vacía. Castor le echó un vistazo al bies en el espejo ahumado detrás de las botellas; era morenito, menudo, chato, con unos rizos como de astracán. Luego Castor bajó la vista y siguió mirando el periódico, sin leerlo en realidad. Achicando los ojos. Estaba pendiente del tipo este, esperando a ver qué mierdas quería. Ahí se produjo un silencio de unos tres minutos.

–Buenos días –dijo Castor al fin. No podía más.

El morenito se frotó las manos. Era lo que estaba esperando.

–Buenos días los que va a tener usted –dijo.

Castor debía de estar muy borracho, porque cuando se volvió hacia el morenito le pareció que tenía el tamaño del dedo de una mano y que lo miraba de abajo arriba desde el mismo centro del ruedo amarillo del asiento.

–¿Eres torero?

–Soy la esperanza.

–Lo que tú digas.

Castor volvió a coger el periódico.

–Ay, no le voy a contar mi vida –dijo el morenito.

–Claro que no.

–Yo antes era como usted –dijo. Castor soltó una carcajada–. Sí. No me contradiga. Como usted y como toda España y los españoles. Estaba perdido para el mundo, así le digo, para el sentido y el norte de las cosas, cada día hacía lo mismo y no me daba cuenta, no me daba ni cuenta, todo me parecía que me pasaba por primera vez y a la vez me sonaba repetido, ya me entiende. Un barranco de aire, eso era yo. Yo he vivido en Pitis toda mi vida, detrás de los hospitales. He vivido ahí a rachas, cuando venía una buena me iba y luego volvía, he tenido rachas muy largas eh, aquí donde me ve yo me he paseado por la Ribera de Curtidores de cabo a rabo y ahí no había nadie que no hubiera puesto yo, pero luego me han venido flacas y hay que ir a alguna parte, y hace unos meses, cuando volví a Pitis, Pitis ya no existía. No está. Nada. Hay bloques y grúas. Y aparcamientos. Coches no hay, pero aparcamientos, muchos. Mi casa, mis gallinas y el tinglado del tiro al blanco, de eso no quedaba ni la sombra. Qué rápido construyen ahora, no sé cómo lo hacen. Las gallinas me dijeron que se las había quedado uno que vive por detrás de Bravo Murillo, en un patio, se han hecho viejas muy rápido también. Allí además de las gallinas había

una dominicana con unas gafas de cristales amarillos, gordos como tabiques. La dominicana tenía una gallina en un muslo y un huevo en la mano. Un huevo blanco y una gallina negra. Y una dominicana en medio. Si le aburro me lo dice. Con la otra mano leía la Biblia, la muy sinvergüenza, ahora somos todos un poco evangelistas. Se canta más. La dominicana me dijo que me llevara mis cosas pero que le dejara las gallinas. Cuánto cuesta una gallina, seis euros, eso no lo sabía usted. Mis cosas estaban en una caja de cartón de Amazon. Había allí también unas niñas, o bueno, igual no eran tan niñas, colgando ropa en los tendederos del patio siete pisos más arriba. El patio era muy estrecho, un patio de luces. Sacaban sábanas una detrás de otra, era mediodía pero ahí abajo se estaba haciendo cada vez más oscuro. Las niñas se reían como locas, es lo que pasa con el chocolate, hasta que se callaron de pronto, a la vez. Yo miré para arriba y por encima de ellas el sol te quemaba los ojos. Tenían los pelos largos. Era el 1 de enero. Cuando bajé la vista de nuevo, el patio estaba oscuro, estaba negro del todo, el suelo de alquitrán. La dominicana se había largado de ahí, y las gallinas. Se había ido, la dominicana, con su huevo en la mano. Yo me llevé mi caja, pesaba muy poquito. Pero si no había casi nada ahí dentro aunque fuera mi vida entera: media docena de móviles, una guía de teléfonos y el rosario de la aurora. Y esto.

El morenito entonces metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera de cuero negro que dejó frente a Castor.

–Mire que me ha costado dar con usted –le dijo–. La he llevado siempre encima los últimos tres meses, desde que se la quité, por si acaso, por si lo veía.

–¿Y esto qué es?

–Su cartera. Se la devuelvo.

–¿Me la devuelves?

–Yo. A usted. Sí. Lo he reconocido y le he visto meterse aquí y me he metido un copazo para darme valor antes de entrar.

La cartera tenía un pin bastante gastado que parecía un escudo del Atlético de Madrid.

–Bueno. No es verdad –continuó el morenito–. Lo he seguido desde Pontones, anda que no pasea usted, y lo he seguido hasta aquí. Ya está.

La cartera estaba entre los brazos extendidos de Castor, que la miraba como si fuera un plato que no le apetecía nada comerse.

–Bueno –dijo el morenito–. Yo me voy.

–¿No quieres nada? ¿Un café? ¿Dónde vives?

–Por ahí.

–Cómo que por ahí.

–Pero si yo estoy bien en cualquier parte –dijo saltando al suelo.

Castor asintió despacio. Luego miró todo alrededor, había un billar, una pila de sillas, una guirnalda de luces color naranja, una bandera de Andalucía.

–Pues yo no estoy bien en ninguna.

Cuando llegó a casa no encendió las luces. Le gusta encontrársela a oscuras, así tiene la sensación de que entra en una sala de cine. Además se deja la tele puesta para que parezca que hay alguien dándole al pico día y noche. En realidad se deja encendidas varias teles a la vez. Cinco, cada una en un reality diferente y en una habitación diferente.

El piso de General Martínez Campos era una salvajada de trescientos cincuenta metros cuadrados con unos techos tan altos que no era difícil imaginarse la formación de una nube ahí dentro, una nube compacta y espesa y apretada de lluvia tóxica para los tejados inclinados de

Madrid. En medio del suelo del recibidor había una superficie de cristal negro, muy elegante, rodeada de una barandilla de metacrilato. Cuando Castor le preguntó a la de la inmobiliaria que para qué servía ese espacio la de la inmobiliaria le dijo que para nada. Que ese era un piso de lujo y lujo es lo que no usas. Castor lo compró sin pensárselo dos veces.

¿Quería irse a dormir? No. ¿Qué quería hacer? Nada. Así que se fue a su salón preferido. Se sentó en el suelo sobre la alfombra de lana blanca, con la cabeza apoyada en un cojín enorme bordado con chumberas y flores de agave. Abrió una lata de atún, otra de pasta fría y se sentó a ver qué había pasado en el mundo. En la tele salía un youtuber pelirrojo de apenas veinte años, tenía cincuenta mil seguidores, lo ponía debajo. Estaba contando que se iba de las redes porque tenía depresión. Mucha gente famosa en pantalla últimamente hablando del éxito de esa manera, contando que estaban deprimidos por los cuatro costados, podridos de dinero y de asco y de fama. Hay que ser muy guapo o muy joven para decir eso tan descaradamente en público, pensó Castor.

–A la mierda –dijo.

Fue cambiando de canal. Eran las seis de la mañana. El primer telediario le producía dolor de cabeza, más que contar las cosas que habían pasado el día anterior le parecía que adelantaban el programa maratoniano de una *campus party* sin fin, algo que le pone de un humor de perros y le quita las ganas de salir de casa. Sonó un teléfono en alguna parte del edificio. O era de su casa. Da igual. Fue cambiando de canal hasta que encontró lo que buscaba, un episodio de *Una risa floja*. Era una reposición de hacía unos meses. La serie la rodaban en el sótano del WigWam, el local de Malasaña que algunos consideran el epicentro del origen del humor nacional, las cosquillas de España, siempre hasta arriba de gente. Mucho ruido, pocos cacahuetes. En la tele salía él, Castor, delante de un telón con estampas chinas, vestido con una camiseta lisa picada de quemaduras de cigarrillo. Estaba contando el chiste del poli y el travesti, que era el chiste con el que medía la temperatura del público, muy al principio de cada «stand up». La gente se rió un poco a destiempo, los había pillado con el pie cambiado, no se esperaban ese tipo de tono, ese tipo de humor. Como una vez hizo un chiste sobre un solo ascensor para trescientos cincuenta vecinos a Castor lo han considerado desde siempre un icono del humor de izquierdas, cuando en realidad a Castor el compromiso social se la trae al paio; para Castor está primero él y después la gente, el personal, el resto del mundo entero. Castor es apolítico, y ahora, desde que ganó la lotería, mucho más. Miró su imagen en la tele, esa barba tan española, tan poco producida. Se le ocurrió un chiste sobre barbas alemanas, mexicanas, barbas francesas. Un chiste sobre barbas chinas.

Después de hacerse una rasta en la barba y mirársela en el espejo de cada uno de los cuartos de baño y deshacerla, se levantó y abrió la ventana del salón. Gran bostezo. Calor. El asfaltado de la calle Martínez Campos era de un denso y tupido y humeante color gris que le hacía pensar en la piel de caucho de las ballenas perdidas, varadas en la playa equivocada, muertas. Se le pusieron los pelos de punta. Al otro lado de la calle, a una hora a la que no lo esperaba en absoluto, había una docena de chavales fumando debajo de un árbol, haciendo guardia, esperando a ver salir o entrar a Castor. Lo de siempre. Uno levantó la vista, lo vio en la ventana y lo señaló con el dedo a los demás.

–¡Castor!

–¡Eres el puto capo!

–¡Déjanos subir!

Empezaron a hacerle fotos con el móvil. Tres de ellos llevaban una camiseta con la caricatura

de su cara y otro una barba tan larga como la suya. El más joven cruzó la calle corriendo y enseguida sonó el interfono del recibidor. Una, tres, cinco veces.

–¡Abre! –gritaban desde el portal.

–¡Fírmame la camiseta! –gritó otro.

¿Qué querían? Qué quieres, le había preguntado una vez a uno, un veinteañero que le había parado en medio de la plaza de Callao, yo no sé quién eres, le dijo antes de que le contestara nada, no te conozco, no voy a salvarte del que se te cuele en la cola del cine al que vas solo, no voy a curarte las marcas de viruela ni del miedo a la novia que no tienes ni del paro ni de nada. En realidad no lo dijo, solo lo pensó mientras le firmaba una servilleta del Rodilla, lo pensó como lo piensa de todos esos chavales de ahí abajo. No os conozco de nada. No sé quiénes sois.

Castor cerró la ventana, las cortinas, apagó las luces, esperando que se largaran todos por donde habían venido. Pero no se largaban. Siguieron ahí, llamando al interfono y gritando su nombre, oía sus carcajadas en la calle, riéndose sin contemplaciones de la ballena muerta, hasta que se hizo de día y todo quedó en paz.

Castor se acercó de nuevo a la ventana. Ya no quedaba nadie ahí fuera. Miró la cartera que le había dado el morenito, sobre la mesa del comedor. La abrió. Encontró tiquets de la compra, un posavasos, una entrada para ver *El rey león*, un abono de transporte a nombre de un tal Julio Céspedes.

Billetes de dineros no había ni uno.

El señor Julio Céspedes era igual que él.

Castor desayuna a las doce del mediodía, lleva setenta y dos horas sin beber alcohol, se come una barra entera de pan con mantequilla, inmediatamente después se echa la siesta. Cuando se despierta se pone a leer, en la cama, un libro de antropología sobre la economía de la gente que vivía en las cavernas. Cuando lee que el Paleolítico duró alrededor del noventa y nueve por ciento de la historia de la humanidad, se queda cuajado. Cuando lee que el hombre del Paleolítico ocupaba como mucho unas cuatro horas al día cazando y el resto del tiempo lo pasaba sin hacer nada, socializando, de visita, se queda cuajado otra vez. Dos millones y pico de años socializando le parecen muchos años, mucho ocio, mucho tiempo muerto ahí, eso sí que es lujo, ya lo creo. Le da que pensar. El libro se lo regaló una chica, una fan, otra más, para despertar su conciencia social, que él tiene bien dormida a base de Rivotriles. Una vez hecha la digestión de la siesta, se va a buscar a su amigo el cámara de televisión.

Tiene un amigo pero no es un tesoro. Es cámara de televisión. Los cámaras de televisión hablan poco, no saben muy bien explicar lo que se les pasa por la cabeza, la mayor parte del tiempo parece que no estén ahí. Su amigo el cámara conduce un Citroën de tercera mano que le costó doscientos euros, le hizo unos apaños. Quedó como nuevo. Ahora se pasan las horas muertas circulando por Madrid, mirando a la gente desde el coche, la gente y las nubes y las luces bokeh de la villa de Madrid, una peli sin fin.

–Hoy vamos a ir por el paseo de la Habana –dice Castor.

Su amigo el cámara es hijo de unos ingleses de Fuengirola, de los primeros colonos de la Costa del Sol, allá en los setenta. Tiene una novia que va siempre sentada atrás, sin abrir la boca, Castor la ha visto alguna que otra vez sentada en el asiento de atrás de otros coches, no sabe si con la boca cerrada o con la boca abierta. No sabe si decírselo a su amigo. No sabe tampoco si son tan amigos o si no son más que colegas de trabajo. Da igual.

–Vale –dice el cámara.

Castor ha estado mirando los papelitos del tal Julio Céspedes. Entre los papelitos ha encontrado un recibo de una tienda, de la que no le ha costado nada encontrar la dirección en el móvil y que ahora están buscando. Por este barrio de tanto arbolado fino los edificios no están contruidos uno contra otro, en fila, como en cualquier parte, sino que están sueltos, separados a buena distancia, cada uno con su verja y su jardín particular, unos edificios de mírame y no me toques.

–Bueno, adiós –dice Castor cuando llegan a la calle–. Chao.

Castor se baja. Los otros se van a un rodaje. Al cambiar de acera se cruza con un grupito de adolescentes, niños del barrio con sus latas de Monster y esas camisetas del Real Madrid en las que pone «Fly Emirates». Que van a volar a los Emiratos, eso dicen, pero no cuándo, ni si piensan volver, lo que él espera que no hagan nunca.

La tienda es de ropa de señora y hace esquina. Tiene pinta de llevar cerrada un montón de meses, quizás la dueña ha palmado, una septuagenaria a la que habrían descubierto muerta en casa, con el cardado momificado y perlas de a kilo en las orejas, tirada en el recibidor. Le da un poco de bajona, piensa en volver a casa dando un paseo y olvidar el tema, aunque ya sabe por experiencia que si Mahoma no va a la montaña la montaña no va a ninguna parte. No sabe qué

hacer. No conoce el barrio. Parece mentira que todo esté tan cuidado y tan bonito y sin embargo no haya nadie en la calle. Pero sí en los bares, lo ve enseguida, bares de pinta inglesa, bares carísimos con sofalitos de cuero gastado, grabados de caballos. Muy retrofacha todo. Entra en un pub. Hay seis o siete ejecutas, de corbata, de esos que parecen siempre en la pausa del mediodía, hablando de concesiones y de contratistas. No lo reconoce nadie aquí, claro, así que se relaja enseguida. De pronto se pregunta si la gente con pasta se ríe de las mismas cosas que la gente sin. Juraría que no. Seguro que no. Se sienta en una mesa de caoba. Le echa un vistazo al móvil, a ver si tiene algún mensaje. No tiene ninguno. El móvil se lo ha comprado ayer, le ha costado mil setecientos pavos pero aun así mensajes no recibe ni uno solo. Mira un momento la calle en sombra, los Volvos, los aligustres, el polen suspendido en el aire pío de la tarde. Un clásico. De pronto alguien le pone la mano en el hombro:

–Hola, Julio.

El que le ha puesto la mano en el hombro va con mono azul. Debe de ser el conserje de alguna finca de por aquí. Lleva un café en la mano y el *ABC* en la otra.

–No soy Julio –dice Castor.

–Pues es verdad.

–Pero lo estoy buscando.

–Ya.

–¿Sabes dónde puedo encontrarlo? Es para un asunto de vida y muerte.

¿De vida y muerte?

El conserje le echa un largo vistazo, luego le da una calada a un cigarrillo, se quita las gafas para verle mejor. Todo esto con dos manos.

–Él es más flaco –dice finalmente.

–¿Vive por aquí?

–¿Quién? ¿Julio? –El conserje suelta una carcajada.

–Soy de la familia. Somos primos.

–Ya, ya. Claro que sí.

El conserje ya no dice nada más. Lo mira muy fijamente mientras deja caer el peso del cuerpo sobre una pierna. Luego sobre la otra, muy despacio todo, esperando a que Castor se caiga de la palmera. Castor tarda en reaccionar. Saca un billete de veinte pavos y no sabe si metérselo al conserje en el bolsillo del mono, cree que eso es lo que se hace con las strippers, lo ha visto en las pelis, así que finalmente decide dejar el billete sobre la mesa de caoba.

–Julio está en el Beverly –dice el conserje. Luego coge el dinero con la mano que le sobra y sale por la puerta.

Los seis hombres sentados en corro a su espalda están hablando de la venta del Aeropuerto Internacional de Ciudad Real.

Se ríen como locos.

Humor y lujo.

Julio Céspedes, tal como su nombre prometía, parece un señor. Está sirviendo mesas, es camarero, pero parece un señor, como él, Castor. Julio no lo ha visto todavía. Castor se queda mirando de lejos a Julio escondido detrás de un poste de la luz que es siete veces más estrecho que él. Después de un par de minutos observando cómo se mueve y lo que hace y cómo lo hace, cruza la calle y se planta delante de Julio con los brazos en jarras.

–Madre mía.

Tienen la misma estatura además. Pero Julio es más delgado, mucho más, más que un señor parece un señorito.

–Quién eres –le pregunta Julio.

–Uno que hace reír.

–Ah.

Julio deja la bandeja en una mesa. La vuelve a coger.

–¿Y cómo te llamas?

–Luis.

–Ah.

No solo es más flaco sino que además parece como a medio cocer.

–Y qué quieres.

–Pues sí que nos parecemos.

–A ver si vamos a ser hermanos.

–No creo. Yo soy del 71. ¿Tú?

–Del 75.

–Ves.

–Yo me llamo Julio.

–Cuánto pesas, tú.

Julio se queda pensando un momento:

–No tengo ni idea.

–Joder, qué suerte tienes.

–¿Cincuenta?

–Vamos a tener que hacer algo al respecto.

–¿Al respecto?

Castor se sienta. En la terraza del bar no hay nadie más, es una de esas terrazas con carritos de helechos y tónicas color rosa y aspersores de agua tibia.

–A ver –dice Castor–. Siéntate.

–Yo no me puedo sentar. ¿Tienes familia? Yo soy de Almería.

–Vengo a verte con una gran ilusión.

–Anda.

–Voy a ir al grano.

Julio se echa a reír.

–¿De qué te ríes?

–¿Tú no dices que haces reír?

–Pero ahora no.

–Ah.

Castor mira a Julio muy detenidamente. A ver si va a ser un cretino. Da igual.

–Verás.

Así en frío no sabe muy bien cómo entrarle a Julio, que sigue ahí de pie con la bandeja, la corbata de lazo, unos ojos pálidos y virginales de un hielo muy puro que nadie ha quebrado jamás. De pronto alguien llama a Julio desde dentro del bar.

–Me disculpas –dice. Entra en el local y regresa enseguida, muy azorado, esa es la palabra que le pega–: Me dice mi jefe que no se puede estar en la terraza sin consumir.

–Claro.

–¿Qué quieres?

–Unos minutos.

–Qué te traigo.

–Mira. Verás. Yo me había puesto un plazo de un año. Lo he intentado un año entero, de Semana Santa a Semana Santa, como en las Cruzadas, pero no ha podido ser. Bien pensado, lo he intentado toda mi vida desde, pon, los siete años, pero ahora le había puesto voluntad de verdad. Voluntad, intención, constancia. ¿Me sigues? No.

–No.

–Lo que quiero decir es que he intentado, durante un año entero, ir a todas las fiestas hasta que me gustaran. A mí no me gustan las fiestas y me invitan a miles casi cada día. Me he entregado en cuerpo y alma a ir a todas a las que me invitaran, durante trescientos sesenta y cinco días, muchos días son esos, y no he faltado a ninguna: bodas, bolos de colegas, fiestas de fin de rodaje, cumpleaños. Hasta que me gustaran. Que no me han gustado, ninguna. Lo malo es cuando no te queda claro que es una fiesta adonde vas y cuando llegas te encuentras con que sí que es una fiesta, para mí más de cuatro personas ya es una fiesta y ya estoy buscando la puerta, me entiendes. Yo veo más de cuatro personas juntas y ya me crujen los huesos. Y eso que he seguido una estrategia que funciona, que me ha servido durante una temporada; yo cuando hay mucha gente me quedo con una o dos personas y el resto me la pela, es como cuando alguien te dice que Madrid es muy grande y luego la realidad es que casi nadie se aventura mucho más allá de su barrio, ya puede ser grande Madrid o la fiesta o la movida que yo me quedo en mi esquina y agarro al primero que pase y ya no lo suelto. No lo suelto, no lo suelto. Me da igual quién sea. Aunque no lo conozca de nada. Yo antes me emborrachaba todos los días.

Julio parpadea por fin. No se ha movido ni la centésima parte de un milímetro en los últimos tres minutos.

–Bueno –dice Castor–. Di algo. También he ido a barbacoas.

–¿Te traigo un mosto?

–¿Me has oído? ¿Entiendes lo que te quiero decir?

–¿Y una Coca-Cola?

Castor gruñe.

Julio parece más pequeño de pronto, como si le hubieran echado un fardo encima. Mira a un lado, mira al otro lado. Su jefe, el dueño del Beverly, un sesentón de mucho pelo blanco y gafas de pasta, aparece en la puerta del bar. Le hace un gesto con la mano a Julio para que se acerque.

Castor se queda solo, mirando la pantalla de una tele que hay en el piso bajo de un edificio al otro lado de la calle. Debe de ser la portería. Como está empezando a anochecer y ese es el único punto de luz en la penumbra, parece una presencia cósmica en medio del barrio de Chamartín, un acontecimiento sideral, como un agujero negro pero al revés. Están emitiendo un episodio de *Rick*

y *Morty*. Cómo le gusta *Rick y Morty*, le ha salvado de momentos muy chungos, esas fugas ácidas a ninguna parte, las trampillas en el suelo del garaje.

Julio vuelve caminando a la terraza, muy despacio. Agarra una silla y se sienta en la mesa de Castor.

–Qué poco hablas –dice Castor–. Eso está muy bien.

–Me acaban de echar.

–Así es la vida. Así de imprevisible. Entonces quedamos en que a ti te gustan las fiestas, ¿no? Fenomenal.

Cuando las Navidades pasadas Castor compró el décimo de lotería a la gitana de la esquina de la Puerta del Sol, nunca pensó que acabaría pasando lo que pasó. Compró el décimo porque le hacía falta pasta para irse un finde a Ámsterdam, a ver a Louis C. K., que estaba de gira por Europa. Para el viaje y la entrada calculó unos trescientos euros, le faltaban doscientos cincuenta, pero le daba igual. Vaya si tenía ganas de ver a Louis. Quería verlo aunque fuera en inglés, que no lo ha hablado nunca. De Louis le gustaba esa cara de haber recibido todas las pedradas, todos los balonazos, todas las calabazas, es decir, le gustaba todo lo que le recordaba a él, Castor. Y entonces, justo dos semanas antes del bolo de Ámsterdam, fue cuando ocurrió la gran catástrofe.

Al principio no entendió muy bien lo que había ocurrido, se iba enterando por Twitter y por un hilo de Forocoches. En realidad al final tampoco lo entendió del todo. Lo que había ocurrido era que Louis les había enseñado su otra calva a unas chicas que no querían verla. Intentó imaginarse la escena: allí estaba Louis, con pecas hasta debajo de la uñas, preguntando a las chicas, que estaban muy buenas las dos, ¿Queréis ver mi calva?, y las chicas habían dicho: Sí, bueno. Adelante. No dijeron que no ni se fueron de ahí. Y Louis hizo lo que les había dicho, les enseñó la calva. Luego la cosa fue a más, fue a demasiado más, sin duda se pasó mucho de la raya, pero Castor seguía sin entenderlo y eso era algo que le cabreaba y cuando se cabrea come de más. Después de lo de Louis, Castor se tiró un par de semanas de bajona. Tardó bastante en darse cuenta de que lo que había de fondo era otra cosa, que ya sabía pero que le jodía igualmente, y es la gran tragedia que es que casi nadie sepa nunca cuándo estás hablando en broma y cuándo estás hablando en serio. No estoy hablando en broma, estoy hablando en serio, dices, y entonces ya sí que se parten en cuatro. Voy a enseñarte la calva, en serio, no es broma. Aquí la tienes, mira.

La gira de Louis C. K. se canceló, claro. Castor se olvidó del décimo de lotería. Unas semanas más tarde, bajando por Preciados, se cruzó con la gitana que le había vendido el décimo. Iba muy arreglada, parecía Jennifer Lopez, cogida del brazo de un gitano con el pelo muy apañado, pulseras, medallas. Los gitanos cuando se arreglan parecen raperos. La gitana le dijo que venían de comprar una nave industrial en San Martín de Valdeiglesias, y le preguntó que qué pensaba hacer él con el premio. Qué premio. Y así fue como se enteró de que no le habían tocado trescientos pavos. Le habían tocado cinco millones.

Entre esto y lo de la cartera de Julio no entiende muy bien el mensaje que le está mandando el cosmos, si le está hablando en broma o le está hablado muy en serio.

Julio está en medio del recibidor de la casa de Castor. Ha traído sus cosas en su maleta de Almería, es tan poco lo que trae que podría llevarlo todo en un hatillo prendido al final de un palo, como en las viñetas de Ibáñez. Ropita planchada, pañuelos, mudas, esas cosas. Está ahí en medio con pinta de no saber por dónde tirar, como cuando uno entra en un ministerio.

—¿Has leído todo esto? —pregunta a Castor señalando las estanterías.

—Claro que no. Es por el papel, sabes. Los libros son muy buen aislante.

Julio se dirige al pasillo. Al final del pasillo hay una ventana. No suele haber ventanas al final de los pasillos, pero en esta casa de Martínez Campos sí, y además detrás hay una nube de tormenta rocosa y altísima, muy blanca, hacia la que se dirige Julio con paso de novio.

—¿Y esta casa es tuya?

Sí que lo es. Dos millones que le ha costado. Hasta que la compró tres meses atrás, no había puesto el pie en este barrio, de cuya existencia no tenía ni idea. Es un barrio muy tranquilo, casi no hay tiendas, no hay supermercados, chinos no hay ni uno. No se ha cruzado con ningún vecino en tres meses, quizás se evaporan en éter al cruzar la puerta. Lo que sí que hay mucho en este barrio son niños escolares de uniforme. No sabe por qué se ha comprado un piso de trescientos metros.

De pronto suena el interfono.

–Mira a ver qué habitación te gusta más.

Julio va mirando, se pierde un poco.

–Esta –dice al fin.

–Este es el salón de la tele.

–Por eso.

La tele va de pared a pared, hay una nevera de hotel en la esquina y cojines por el suelo y ya está. Y una moqueta blanca de tres dedos de espesor. Su sueño adolescente. A Castor no le apetece contradecirle ahora, además prefiere decirle que sí a todo, darle coba, se lo tiene que camelar. Tiene demasiadas cosas rondándole la cabeza.

Suena el interfono otra vez.

–¿No vas a abrir?

–No. ¿Qué talla usas? –le pregunta a Julio.

–Ni idea.

–Joder. No sabes cuánto pesas ni qué talla tienes.

Castor recoge del suelo una camiseta color chicle, de cuando quiso ser moderno por un día, y se la pasa a Julio. Julio la coge, la mira. Duda unos segundos, se pone colorado. Luego se da la vuelta para quitarse la camisa que lleva puesta. Es un tímido, un novicio, esa timidez de porcelana. Así es como Castor descubre al humorista que Julio lleva dentro. Míralo, piensa. El mosco muerto.

Suena el timbre de la puerta del piso. La casa es tan grande que suena como unas campanillas del siglo XIX.

–Están llamando a la puerta –dice Julio.

La camiseta es dos veces él, pero Castor sabe que eso tiene fácil solución. Lo tiene todo pensado.

–Están llamando a la puerta. Otra vez –repite Julio.

Castor imagina quién es. Una loca que viene todos los jueves y hace pins con su cara y le persigue desde hace meses para hacer un podcast juntos.

–Es en el piso de al lado –miente.

–Ah.

–¡Abre la puerta! –gritan, golpeando la puerta con los nudillos.

La voz de la mujer no le suena, Castor de pronto duda que sea la de los pins. Qué harto está de que los admiradores se pasen su dirección, le dan ganas de pagar a alguien para que le dejen en paz de una vez.

–¡Voy a echar la puerta abajo!

–Y yo a ti te voy a romper las piernas –murmura Castor.

Más golpes.

Julio se echa a temblar visiblemente debajo de la camiseta.

–¿Por qué está tan enfadada?

–Porque no la dejo entrar.

–¿Y por qué no la dejas entrar?

–¡Abre! ¡Ahora!

Castor mira a Julio. Va a tener que hacer algo con esa expresión.

De pronto suena otro golpe en la puerta, un crujido sordo y contundente como si hubieran dado una patada. Castor intenta poner cara de que todo va fenomenal. No sabe si lo consigue.

–Esto no me gusta –dice Julio.

–¡Estás muerto! –grita la mujer.

–Me quiero ir –susurra Julio mirando al techo.

–No señor.

Julio está tan asustado que se le han puesto los labios blancos.

–Esta se va en diez minutos, no es nadie, tú tranquilo –dice Castor.

La mujer grita algo en un idioma que no es español.

–¿Qué ha dicho? –pregunta Julio, que se ha tapado la boca con las puntas de los dedos.

–Y yo qué sé.

Se quedan con el alma en vilo, esperando a ver qué pasa. Pero no pasa nada hasta que la mujer vuelve a decir algo que no entienden, muy deprisa, como para sí misma. Inmediatamente después, se aleja. Se oyen sus pasos, el motor del ascensor, el desplome de silencio que remata los desastres nucleares, los terremotos y las decapitaciones.

Cuando Castor va a abrir la puerta, unos largos veinte minutos más tarde, y después de haber mandado a Julio en pijama a la cama, se encuentra un tajo en la madera. Es un tajo profundo, limpio, atraviesa la puerta como un hachazo.

Sale al distribuidor con lo primero que agarra. La moqueta del suelo es naranja y marrón y parece que de un momento a otro fuera a aparecer rodando una pelota, roja, sola. Castor se asoma a las escaleras, con cuidado, aguantando la respiración. Las ventanas de las escaleras están abiertas al patio, por el que cae en picado el eco de las carcajadas de algún reality de niños que quieren cantar.

Están comiendo en la cocina. La cocina está en la otra punta de la casa. La casa cubre varios puntos cardinales. Encima de la mesa hay bolsas de la compra, un kilo de queso Cheddar, mortadela, latas de cerveza, de Coca-Cola Zero. Las Pantera Rosa cuestan un euro el paquete de cuatro, la bandeja de cuatro tomatitos Raf cuesta cuatro euros. Es cuatro veces más caro estar delgado que gordo. Julio se ha comido ya un paquete de Tigretones.

–No puedo más –suspira Julio.

–Claro que sí, claro que sí. Mira. Pistachos.

–Voy a enfermar.

–A ver si vas a ser un hipocondríaco. Ya tendríamos algo más en común.

Julio coche un puñado de pistachos y empieza a partirlos despacio con los dientes de delante. Está a punto de echarse a llorar.

–Y anacardos –dice Castor–. Voy a hacer de ti un hombre nuevo. O cuatro.

–Me están temblando las manos.

–Es el azúcar. Deja ya de quejarte tanto.

Julio se queda mirando el montón de anacardos sobre la mesa, tiene una mirada soñadora, como si dondequiera que caigan sus ojos encontrase un paisaje marino.

–Tampoco me quejo tanto.

–Es verdad. Pues si vas a sustituirme en la vida, a partir de ahora tendrás que empezar a quejarte, y mucho. Yo me quejo todo el tiempo, yo con tal de quejarme soy capaz de ponerme al sol en la playa debajo de diez mantas.

–¿Y eso por qué?

–Porque si no me quejo me aburro.

–Ah.

–Además a la gente hay que tenerla en vilo.

–Ah.

–Que se rían, sí, pero que no se te relajen. ¿Me entiendes?

–No sé.

–Sí. Que no se te duerman. Que no sepan nunca cuándo va a tocarles a ellos. Mira, lo mejor va a ser que veas mi show.

–¿Tú tienes un show?

–Yo soy internacional.

–Yo también.

Castor se echa a reír. No sabe si eso ha sido un gag, Julio tiene siempre la misma cara. Eso es muy bueno. Coge el iPad, lo tiene ahí porque a veces sigue un programa de cocina de Anthony Bourdain. Antes seguía también a Freddy Soto hasta que se atiborró de Alprazolames. Ahora que los dos se han quitado de en medio de forma tan imprevista y tan poco elegante se aburre un poco.

En la pantalla aparece él, Castor, detrás de las siluetas de los espectadores del WigWam. Son decenas, todos jóvenes y guapos y delgados, mucho más que él. Castor no tiene ni idea de por qué *Una risa floja* de un tiempo a esta parte atrae a tanta gente, a ratos tiene la sensación de que se ha puesto de moda entre los hípsters, él, Castor, al que le horrorizan los hípsters y a los que da caña todas las noches en el local. Quizás porque los hípsters no se reconocen a sí mismos como

hípsters, igual que la gente de derechas no se reconoce como gente de derechas. Julio no tiene nada de hípster, probablemente no ha oído la palabra en su vida, por muy internacional que sea. El monólogo de Castor dura veinte minutos, que es el lapso temporal en el que le gustaría que transcurriera toda su vida, cortes de veinte minutos donde pasan cosas y quitar toda la morralla de cuando no pasa nada. No le gusta cuando no pasa nada, se aburre enseguida.

–He estado pensando –dice Julio sin avisar.

–Bueno. No pasa nada.

–Yo me quiero ir de aquí.

–¿Cómo?

–Que me voy.

–Ni hablar.

–Volverme a Almería, eso estoy pensando.

–Ah, no, eso sí que no. Ja, ja, ja. Que te crees tú eso.

–No sé qué estoy haciendo en Madrid.

–Ni yo. Y qué, eso te va a pasar en todos lados. A fracasar se aprende. Siempre hay alguien dispuesto a enseñarte.

–Yo en Almería al menos tenía el desierto –suelta de golpe.

¿Desierto? ¿Ha dicho desierto? A ver si va a ser un melancólico.

–¿Y qué echas de menos del desierto, si puede saberse?

–Todo.

–Eres un exagerado.

–Lo que tú digas.

Julio deja caer los brazos con tanta pena que parece que las manos van a llegar al suelo.

–Vamos a ver. A ti qué te gusta. ¿Te gustan los coches, a ti? Las drogas, las mujeres, viajar, salir en los anuncios de la tele. Dime, Julio Céspedes. Qué quieres.

–Mañana me voy.

–Pero si ya he puesto una denuncia en la policía. Esa por aquí no vuelve. –Miente. Miente muy bien. Le gusta, además. Le gusta hasta cuando le pillan mintiendo–. Vamos cincuenta cincuenta. ¿Te parece?

–A mí el dinero me da igual.

–Ah. Joder.

Castor ya no sabe qué más decir. Tendría que conocerlo mejor pero le parece una tarea imposible. Le da pereza. Como siempre.

–Quédate tres semanas –le dice.

–¿Tres semanas?

–Tres semanas. Sí.

–¿Y después?

Después no tiene ni idea. Castor en realidad lo que quiere es que se quede ahí para siempre, guardado en una caja de plástico, como los dobles de Fidel, listos para cada aparición pública. Ya verá cómo lo convence.

–Después te vuelves a Murcia.

–Almería.

–Muy bien. Lo que tú digas.

Julio mira al techo.

–Es que no me gusta toda esta gente que te sigue, no los entiendo. Me dan miedo. Mira la mujer

del otro día.

La mujer del otro día ha vuelto a venir. Pero no le ha dicho nada. Era muy tarde, de noche, siempre tarde esos dos. Habían cenado queso Cheddar y unas cortezas de cerdo mientras veían la serie preferida de Julio: «Me gustan las películas de miedo», había dicho. Su serie preferida estaba en HBO y resultó ser un programa de dibujos para niños de tres a siete años. Castor miraba la pantalla y luego a Julio, sucesivamente. «¿A ti esto te parece de miedo?» Julio tenía la cara bañada en el matiz salmón de la pantalla donde una cerda saltaba por encima de unas montañas glaseadas de nieve. Julio parecía en trance. «¿Hola?» Julio desvió la mirada de la tele y la clavó en Castor: «Esto es el terror», dijo, y luego volvió a mirar la pantalla hasta que se durmió, con los ojos abiertos. Castor, para compensar, se puso una de los hermanos Safdie. A eso de las cinco de la madrugada oyó el ascensor detenerse en su piso. Salió al pasillo. Vio la luz del descansillo filtrarse bajo la puerta. Se quedó ahí, en el recibidor, a oscuras, vio su reflejo en el espejo de la entrada, vestido con el albornoz robado del Hyatt de Londres, junto a un candelabro y la bicicleta estática. Podía sentir la respiración de la otra persona. Que también estaba escuchando. Se apagó la luz del descansillo. Cuando volvió a encenderse oyó que se abría la puerta del ascensor y tuvo el tiempo justo de ver por la mirilla a una mujer, de espaldas, el pelo negro larguísimo y tupido, un velo de neopreno. Al cabo de unos minutos abrió la puerta. En el suelo había dejado una servilleta de papel con algo dentro. No quiso abrirlo. Lo empujó con el pie hasta la puerta del vecino. En la servilleta aparecía el logo de una llama y algo escrito debajo que la sangre no le permitió leer.

–Las mujeres se aburren.

Julio coloca la frente sobre la mesa.

–Yo me voy.

Castor le pone la mano en el hombro. Está temblando como un cachorro.

–Como te marches mañana mismo voy y le digo al dueño del Beverly que le robaste la caja.

Lo ha dicho sin pensar. Pero lo ha dicho.

La primera fiesta. Hoy es la primera ocasión en la que Julio va a sustituir a Castor. La fiesta da una chica del edificio, una vecina nueva que quiere celebrar su llegada con una *party* de bienvenida en el ático y que ha dejado invitaciones en los buzones de todos los vecinos. Así que ahora tienen que comprar un regalito. Castor no tiene ni idea de lo que puede querer una veinteañera de Chamberí ni de ninguna parte tampoco, la verdad. Van a El Corte Inglés, que es el único sitio que Castor conoce que tiene de todo un poco, El Corte Inglés, que siempre se ha imaginado conectado con todos los Corte Inglés de España, unidos bajo tierra como los hongos primigenios. Nada más llegar, en la planta baja, se encuentran con muchos chinos, recién bajados de un autobús turístico. Este es otro tipo de chino que el chino de su otro barrio. En qué momento hemos pasado de recibir millones de turistas japoneses a recibir millones de turistas chinos, tan sutil pero sustancialmente diferentes, a pesar del deseo del chino de pasar por japonés, un deseo crematístico que al encargado de planta de El Corte inglés no se le pasa por alto, en eso piensa Castor. En que esta era la verdadera Revolución China. La Revolución, el humo agrio del opio, los tacos de yenes muy usados, en todo esto piensa Castor mientras se dan una vuelta por la sección de electrónica.

–Le vamos a comprar unos cascos de música –dice. Julio asiente con la cabeza, tiene mala cara, sigue igual de delgado pero con una tripa tensa y dura de las cuatro digestiones que le quedan por hacer–. ¿Qué más te ha dicho la portera sobre los vecinos?

Julio busca unos segundos en su memoria a corto plazo.

–Creo que me ha dicho que la chica ha montado una ONG.

–Estas niñas pijas no saben qué hacer para matar el tiempo –dice Castor mientras se prueba los cascos–. Y de qué, la ONG.

–¿De ballenas ecológicas? –contesta.

–Tú habla del fracking.

–Ah. Bien, de acuerdo. El fracking. ¿A favor o en contra?

–O mejor no hables de nada pero di que sí a todo.

–Ah.

Castor paga los cascos, son Bose, le han costado una pasta. Vuelven a casa por Bravo Murillo, el barrio más americano de Madrid, los de Aravaca no tienen ni idea; van caminando por la acera del Dealz, cuentan ocho, nueve casinos en quinientos metros, llegan a Cuatro Caminos, dejan atrás a la dominicana que recita la Biblia subida a un cajón de naranjas, su voz evangelista atropellada de pronto por la de Chimbala en los altavoces del 1430 que baja despacio Santa Engracia, con las ventanillas bajadas, el volumen a mil. Cuando llegan a casa deja la caja sobre la mesa del recibidor. Va al baño. Se pega una ducha, se enjabona bien, tiene tanto pelo por todo el cuerpo que hace espuma enseguida. Vuelve al recibidor y se queda un momento mirando la caja. Va a la cocina. Pan con mantequilla. Vuelve al recibidor. Va a ver a Julio, que le está buscando por toda la casa. Se ha arreglado para la fiesta aunque todavía quedan siete horas.

–¿Vas a ir así vestido?

Julio se ha puesto unos pantalones de hilo gris y una camisa blanca.

–Te van a confundir con el camarero.

–No pasa nada.

–Sí que pasa. Te voy a traer una chaqueta –dice Castor. Luego le señala un punto en el suelo para que se quede quieto ahí.

En su cuarto encuentra una chaqueta con las solapas estampadas color menta que le regalaron hace mucho y que no se ha puesto nunca.

–Toma –le dice a Julio– Te la presto por veinte pavos.

–Ah. Gracias.

Julio coge la chaqueta. La mira por delante y por detrás antes de ponérsela. Debe de ser más ancho de hombros que Castor porque al ajustársela se rompen las costuras de un tirón.

–Ras –dice.

–Mira lo que has hecho.

–Perdón.

–Ahora me debes cien.

–Vaya por Dios.

Julio se quita la chaqueta. Se queda un momento ahí de pie, con la chaqueta en la mano, leyendo las vetas de la madera del suelo.

–Tampoco pasa nada porque vayas así –le dice Castor.

–Claro.

–Bueno. Me marchó. Se me hace rarísimo que te vayas a hacer pasar por mí, va a ser, no sé. – Se detiene en seco al ver la cara de Julio–. Divertido, eso va a ser. Recuerda hablar solo si te preguntan. Sonríe pero sin pasarte. Ve tranquilo porque no te va a asaltar nadie, no creo que nadie sepa quién soy aquí, en Chamberí. Yo me voy a pasar el día a Pozuelo de Alarcón.

Se queda mirando a Julio, que mira primero a la izquierda y luego a la derecha del largo pasillo como si esperase que vinieran los indios al rescate, que no van a venir.

–¿Tienes alguna pregunta?

–No sé.

–Muy bien. Te voy a dar un vino muy bueno para que se lo lleves de regalo a la de la azotea.

–¿Y los cascos?

–Los cascos me los quedo yo.

En Pozuelo. Hay muchos pinares sueltos, calles empinadas, casitas de El Caserío. Tiendas no hay ni una. Por qué hay tan pocas tiendas en sitios donde la gente tiene pasta y tantas tiendas en calles como Bravo Murillo, por ejemplo, es algo que no alcanza a entender. Encuentra un restaurante con terraza, llena de quinceañeros borrachos perdidos a las ocho de la tarde y señoras que están sobrias pero que tienen toda la pinta de ir a emborracharse en cuanto lleguen a casa y se encuentren solas y sin nada que hacer. Se toma una tónica, cinco euros, debe de ser de burbujas inmobiliarias. Escucha las conversaciones. Se queda medio empanado escuchando las conversaciones, recuerda una vez que le invitaron por error a un chalet de por aquí y comprobó lo que ya imaginaba, que la gente con pasta no se mete rayas para pasarlo bien sino para dejar de aburrirse como sea. Busca otra terraza. Qué bonitas, las calles, los paseos, las avenidas, los parques, los caminos, tan chiquititos. Las rotondas. Por qué hay tan poca gente en estas calles tan bonitas y tanta gente en calles como Bravo Murillo, por ejemplo, es algo que no alcanza a entender. Encuentra una silla, al sol, le falta una pata, tiene varias cagadas de paloma. Todo muy expresionista.

Se sienta.

–¡Qué calor!

Se balancea a los lados. La silla cojea.

—¡Y qué incómodo!

Está a punto de irse al suelo.

—¡Ay, ay, ay!

En un par de minutos ya ha espantado a todo el mundo. Poco después se marcha él.

En el tren, todo tranquilo. O no tanto. Está algo inquieto, suspicaz, mira por encima de los asientos. Está impaciente por algo que no entiende ni sabe muy bien qué es pero que intuye que ya ha ocurrido, que ya ha pasado, que ya ha terminado, y el pasado sí que es algo irremediable.

Antes de volver al barrio se da una vuelta por Madrid entero, para matar el tiempo. Furgonetas, agentes de tráfico, la gente en los semáforos. Llega a casa. De madrugada. Abre la puerta del portal, que es enorme y tiene hilo musical y unas palmeras artificiales muy poco convincentes. Le gustan los portales. Son tierra de nadie. Se dirige a los buzones y mientras mira en el suyo, que está, como siempre, lleno de mensajes y cosas raras que le meten los fans, oye cómo se abre la puerta del ascensor. Pero nadie sale. Castor se vuelve a mirar. Dentro del ascensor hay una mujer. Una mujer china.

—Buenas noches —dice Castor, que no sabe qué decir.

La mujer no dice nada. Sigue sin salir del ascensor, inmóvil, con los ojos clavados en él. El ascensor tiene una iluminación dorada y espejos ahumados que multiplican su imagen como en mil hornacinas de ámbar y en cada uno de esos reflejos dorados Castor reconoce el pelo largo de la mujer y ve su mano derecha. La mujer lleva un puño americano de tres dedos de grosor. Castor hace como que no ha visto nada. Se sonroja, suelta una carcajada.

—Qué cosa más rara.

La mujer lo mira con una expresión indescifrable. Castor lanza un rápido vistazo a su izquierda, a medio metro tiene la puerta del garaje. Mira a la mujer, que en ese momento sale del ascensor y se dirige hacia él. Castor traga saliva. Abre la puerta de un tirón. Sale corriendo.

Corre. Corre como el Correcaminos, sin tocar el suelo, sin mirar atrás, atraviesa el aparcamiento, sube la rampa, sale a la calle levantando una polvareda compacta de polvo blanco Martínez Campos abajo, y luego por la Castellana, donde hay muchos coches y autobuses y camiones. Y bicicletas.

En el hospital de cinco estrellas. Con un segurata de uniforme que recorre los pasillos arriba y abajo, más hilo musical, etc. A los pies de la cama están Julio y su amigo el cámara. Castor sabe que están ahí porque reconoce sus voces, pero no tiene la menor intención de abrir los ojos y de que se enteren de que ha recobrado el conocimiento. El conocimiento de qué, además. De que casi se revienta la cabeza al chocar con una bicicleta. Lo sabe porque le duele encima de la oreja izquierda y nota el párpado hinchado, la lengua enorme y como si fuera de corcho. Julio y el cámara están hablando de las obras de ensanche y acondicionamiento de las aceras de la Gran Vía.

—A callar —dice.

Pero no se callan. Siguen hablando de cosas que no le interesan nada. Cuando finalmente abre los ojos sigue oyendo las voces aunque no hay nadie ahí.

Castor se despierta. Es mediodía. Julio está viendo la tele, colocada muy arriba en la pared, como en los bares y en la trena. Está comiendo un bocadillo envuelto en papel de plata. Tiene unas ojeras azules y pulposas, unas ojeras holandesas.

–¿Qué ha pasado? –pregunta.

–Hola, Castor.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí?

–Desde anoche.

–¿Desde anoche solo?

–Verás. No te toques ahí. Te han dado diez puntos.

–Me han hecho un retrato.

–Te vas a poner bien.

–Me sabe la boca a metal. Por qué me sabe la boca a metal. Ah. Ya me acuerdo. –Castor se va a echar a reír, pero le duele tanto la cara que se le quitan las ganas.

–¿Qué fue lo que te pasó? –pregunta Julio.

Castor lo único que recuerda es que iba corriendo cuando chocó contra una bici de las grandes, de las eléctricas, dos o tres segundos en el aire y luego el golpe de cabeza contra la acera. También recuerda a la mujer del ascensor, pero no piensa decirle nada a Julio. Piensa en lo cerca que ha estado de la muerte, dos veces en dos minutos, pero ese de la muerte es otro tema, siempre. Castor piensa un momento. La verdad es que todo esto de la china y el accidente le va a dar para muchos chistes y mucho material; si va a la policía a poner una denuncia le daría material para un buen par de temporadas. A veces piensa que se mete en este tipo de historias y de jardines para encontrar material para el programa. Así es. No tiene el menor reparo en reconocerlo. Cómo le gustan, además, estas situaciones. Las provoca, las busca. Se mete de cabeza. En una ocasión pensó en casarse y divorciarse después para ver hasta dónde podría llegar la cosa, pero luego le dio mucha pereza. Y además, si no fuera por estos momentos, estas astracanas, la vida le resultaría aburridísima. Pero piensa que si va a la policía igual se mete en un lío aún peor. Los chinos. Las mafias. Prefiere no darle más vueltas.

Mira a Julio a los pies de la cama. Qué rápido está engordando. Parece un pavo de Navidad.

–Que me caí de una silla en un restaurante –le contesta–. Voy a ponerles una denuncia.

–Tienes el colmillo un poco retorcido –le dice Julio.

–Pero tú no.

–No sé yo si voy a servir para esto.

–¿Qué tal fue la fiesta?

Julio se queda pensando un buen rato.

–La fiesta fue muy regular.

–¿Cómo que muy regular? ¿Qué edad tenía la chica?

–Catorce o dieciséis. No sé. Igual tenía treinta.

Castor se da por vencido. En ese momento entra su amigo el cámara de Fuengirola. Su amigo el cámara tiene el pelo muy largo y liso y se peina con la raya en medio, parece que está por la paz y el amor en el mundo, pero no. Habla poco. Por la forma en que saluda a Julio se ve que ya se han conocido, que Julio le ha puesto al tanto de quién es y para qué está ahí. No parece que le importe.

–Han adelantado el rodaje de la serie al lunes de la semana que viene –dice el cámara.

–¿Qué serie? –pregunta Julio.

–La que vas a protagonizar tú –contesta Castor.

–Ah.

Unas sombras muy densas y unos troncos muy gordos. Algunas ramas secas. Así son los árboles de la Casa de Campo, cascados, aburridos, sedentarios, un poco rencorosos contra la naturaleza de verdad, la indomable y salvaje naturaleza americana, y no esta de aquí que no es ni indomable ni salvaje, ni abundante ni frondosa, ni exótica ni impredecible. Castor y Julio están sentados en un talud al borde de la carretera, charlando. Charlando Castor, claro, como siempre. Es de noche. A pocos metros han aparcado el coche que les ha prestado el cámara. Julio sí que conduce, no como él. Están esperando al resto del equipo para el rodaje de una escena que va a durar lo que queda de la noche y ya llevan un buen par de horas de retraso. En realidad Castor y Julio han llegado con un par de horas de adelanto porque en casa Castor se aburría; ya han cerrado casi todas las tiendas del barrio, no tiene de qué quejarse, y esto es gratis. El productor ha acordonado la zona de rodaje con cinta amarilla y negra para que no aparquen coches, aunque están en medio de ninguna parte y aquí no aparca nadie y lo que parece es un cordón policial alrededor de un cadáver. El cadáver del humor. El cadáver pelado de la risa floja.

–«Facundo» –dice Castor a Julio.

Facundo es el nombre del protagonista, el personaje que interpreta Castor en la serie. Facundo la ha palmado de golpe en un accidente de coche en la Casa de Campo después de una noche de meterse mucha coca, y ahora es un fantasma, algo que a Facundo no le gusta y a lo que tampoco termina de acostumbrarse. A ser un fantasma calvo. A ser un fantasma español.

–Facundo es el espíritu de un humorista, entonces. Qué interesante –dice Julio.

–Los humoristas no tenemos espíritu, ya va siendo hora de que lo sepas. «Facundo» viene a ser una versión de la leyenda urbana de la mujer de la curva –continúa Castor–, pero en vez de una mujer soy yo, Facundo, esperando en la curva a que pasen mis colegas en coche por la carretera de la Casa de Campo.

Se han puesto de pie y ahora caminan arriba y abajo por la carretera. Llegan hasta una farola y vuelven, y luego otra vez. Se están empezando a parecer tanto que hasta caminan al mismo paso. Son teatrales, sin medias tintas, teatrales a lo bestia, con la frente sudada, las piernas abiertas, las palmas de las manos mirando para atrás.

–Ah.

La idea de la serie se le ocurrió a Castor después de ver la de los humoristas que se van a tomar cafés carísimos en coches carísimos recorriendo ciudades carísimas. Se rió mucho. Se rió tanto que le pareció que se podía hacer una versión a la española, una versión barata con él de protagonista.

A su amigo el productor la idea le había parecido estupenda también, aunque Castor tenía un pequeño inconveniente que comentarle:

–Yo no sé conducir.

Estaban celebrando el cumpleaños del productor en un Hard Rock Café. Había traído a su familia, a sus amigos, a los colegas del trabajo, en total unas cien personas, que Castor vigilaba desde una esquina con su cabreo habitual, mordisqueando el borde del vaso. El productor miró a Castor como si fuera el problema número diecisiete del día, estaba siempre al borde de la bancarrota emocional. Era un blanco fácil.

–Conoces a mucha gente, tú –gruñó Castor.

–¿Y eso me lo dices hoy? El rodaje empieza la semana que viene, pero qué te pasa a ti. No sé por qué no hago caso de lo que me dice la gente. Por qué no me lo has dicho antes –preguntó el productor.

–Porque eres mejor improvisando que si te piensas mucho las cosas.

–Vete a tomar por culo.

–Feliz cumple.

–Lárgate de aquí que no quiero volver a verte en la vida.

Castor se fue, más que nada porque estaba harto de oír el «Cumpleaños feliz» en siete mesas diferentes. Durmió a pierna suelta. Al día siguiente, a primera hora, recibió una llamada del productor. Y tal como Castor sabía que pasaría, se le había ocurrido una idea mucho mejor.

A Castor el arreglo al que llegaron el productor y el guionista, la idea de que Facundo fuera un fantasma, le encanta, aunque lo cierto es que a él la cocaína no le va nada. A la cocaína no se acerca ni con un palo. Lo que sale de su cabeza le da lo mismo, no tiene ningún control ni el menor reparo con lo que su mente haga por su cuenta, pero vaya si es mirado con cualquier cosa que entré ahí, ahí dentro; tiene mucho cuidado con cualquier agente extraño que amenace con desbaratar el frágil equilibrio tectónico que en el fondo de su alma sabe que hay debajo de todo eso.

–Y en cada episodio se sube al coche de un colega humorista diferente que lo lleva al centro – dice.

–¿Al centro? ¿Para qué?

–Porque es un fantasma farlopero que baja a Madrid a pillar.

–Ah.

Llegan hasta la farola. Se quedan un momento mirando a Poniente, por donde vendrá el equipo. Como no viene nadie chasquean la lengua. Luego se dan la vuelta al mismo tiempo.

–Vaya –dice Castor mirando el móvil–. Han cambiado la hora de rodaje. ¡No vienen hasta mañana a primera hora!

–¿Y ahora qué hacemos?

–Pues esperar –contesta Castor–. Lo que se hace en los rodajes. Esperar y comer.

–Yo comer más ya no sé si puedo.

–Sí que puedes.

–¿Por qué no haces una película de miedo?

–Yo ya doy miedo.

–Una como la de la cabaña en el bosque.

–¿La harías tú por mí?

–Una película con lobos. Sí. Con niños perdidos.

–¿Y a ti por qué te gusta eso?

Julio mira a Castor y se encoge de hombros.

–Porque me recuerda a mi infancia.

A Julio de pronto le suena un aviso de mensaje en el móvil. Su melodía de aviso de mensaje son unas campanillas de trineo de renos. Es el tercer aviso en lo que va de hora, pero esta vez sí lo saca del bolsillo. Julio mira el móvil y se lo guarda. Parpadea tres o cuatro veces.

–Castor.

–Qué.

–Luis.

–Uy, no.

–Tengo algo que decirte.

–No, no, no.

–Es importante.

–Nada es importante.

–Qué pena.

–La salud. El dinero. Y el amor, eso son chorradas como pianos de cola.

–Es importante para ti también.

–Yo decido lo que es importante para mí.

–Estoy metido en un lío.

Castor hace como que se quita una brizna de la camiseta.

–¿Te va a impedir rodar la serie?

–Espero que no.

–Entonces todo está en su sitio.

–No sé.

–Bien.

Julio de pronto ve que se le ha desatado el cordón de la zapatilla. Va a inclinarse para atarlo pero ha engordado tanto, ha comido tanta empanada y carbonara y lonchas de Cheddar que no alcanza. Suspira.

–¿Pero por qué no dejas la serie y el programa? ¿Por qué no dejas todo esto si no te gusta? No lo entiendo.

–Porque ya es demasiado tarde. Y porque no sé hacer nada más.

Qué otra cosa le hubiera gustado hacer en su vida, ser ingeniero de caminos, quizás. Cambiar la naturaleza, su curso evolutivo, dejar algo también a contrapelo pero que dure más que cuatro carcajadas. El otro día oyó en la radio que la intención de la naturaleza no es preservar al individuo, que al fin y al cabo es perecedero, sino su información genética, y piensa que la ingeniería viene a ser eso, que la intención de la civilización consiste en dejar carreteras y edificios y paseos marítimos que duran mucho más que cualquier legislatura, mucho más que cualquier generación y mucho mucho más que la cultura, por ejemplo.

Se quedan callados unos minutos, Castor está de mal humor, y además de eso tiene una sensación que no le gusta, como si alguien le mirase por la espalda todo el tiempo, algo que no encaja y no sabe qué es. Se queda mirando a Julio, de reajo. De pronto, y sin venir a cuento, se aproxima por la carretera un cura de sotana en una scooter, muy tieso, armando mucho ruido, como en los anuncios de cafeteras italianas. Pasa, y se va.

–Qué cosa más rara.

–Mañana me marcho –suelta Julio.

–Joder, qué hartos me tienes.

–A mí nadie me deja en paz.

–¿Pero de qué hablas? A quien no dejan en paz es a mí. ¿No estás contento con todo esto? ¿Te hace falta pasta?

–No es eso.

–Ah, bueno, menos mal.

–Me hace falta volver a Almería.

–Y a mí me hace falta echar una meada –dice Castor muy alto, para zanjar el tema.

Finge que está cabreado cuando lo que está es asustado. Y aunque en realidad no tiene ganas se

va de todas formas hacia unos pinos al otro lado de la carretera. Se queda mirando Madrid ahí al fondo del abismo, bajo el peso del cielo, debajo de unas gigantescas nubes de barro cocido, unas nubes que ojalá traigan una tormenta que se lleve todo por delante, piensa Castor, al equipo de rodaje, a los fans, a la mujer china, a Julio. A todos. Su plan parecía tan fácil en su cabeza, tan a mano, tan adecuado. Al cabo de unos minutos vuelve en sí.

–Este tío es gilipollas –murmura.

Cuando regresa a la carretera, Julio no está. No solo no está Julio, sino que además se ha llevado el coche con su móvil, con las llaves de casa, con la cartera. Con todo.

Madrid está en el centro pero siempre lejos. Madrid es un horizonte virtual en realidad, sus cuatro rascacielos medievales son virtuales, la polución, virtual, las señalizaciones reflectantes en la M-30, los olivos secos, virtuales, el Hipódromo de la Zarzuela, el Palacio del Jamón, la plaza de toros de Las Ventas, todo virtual como en los videojuegos, eso piensa Castor cuando lleva hora y media caminando hacia Moncloa y le sigue pareciendo que la ciudad se desplaza cada vez más lejos.

Al final, después de cuatro horas y media, entra en la ciudad, andando, como en las películas del Oeste. Coge un taxi. Que no tiene ni idea de cómo va a pagar, así que le da al taxista un número equivocado de su casa para hacer como que sube a por dinero y poder escaparse por un patio, algo que ha visto en alguna película pero que no tiene ni idea de cómo va a hacerlo. Cuenta un par de chistes de taxistas por si el taxista lo reconoce y le deja la carrera gratis, pero el taxista es colombiano. Después, se queda dormido enseguida. El taxista colombiano lo despierta de una voz cuando llegan a Martínez Campos. Están parados a unos diez metros de su número. Son cincuenta euros. Aparcado frente a su portal, Castor ve un coche muy negro, muy largo, parece un coche de muertos. Castor se agacha en el asiento y echa un vistazo para ver si hay alguien en su interior. Y efectivamente, dentro, sentada comiendo fideos con palillos de una caja de cartón, y con la vista clavada en el portal, está la mujer china.

Castor se tira los tres días siguientes durmiendo en un sofá del WigWam. El camarero le presta pasta para comprar bocadillos y una lasaña congelada que Castor deja descongelar lenta y pacientemente sobre una mesa de cristal, va mirando el proceso entero cruzado de brazos, hasta que llega a la temperatura adecuada. Entonces, se la come. No tiene nada mejor que hacer.

Al tercer día, después de echarle valor, decide volver a casa. Se acerca a su edificio dando un rodeo, muy despacio, va disfrazado con la camisa de cachemira del camarero del WigWam, gafas de sol, gorra, etc. Es de noche. El coche de muertos no está por ninguna parte.

Sube a casa por la escalera de servicio, muy despacio, para no hacer ruido y porque no está acostumbrado a subir andando. En casa no hay nada, no hay nadie. Un silencio ligero y un silencio profundo después. Se pega una ducha, a oscuras.

–Qué cosa más rara.

Se acuesta. A las cinco menos cuarto de la madrugada, lo sabe porque sigue despierto, oye que alguien abre la puerta de casa. Se incorpora como un resorte. Mete la mano debajo de la almohada para sacar una pistola como ha visto en la películas, pero para eso tendría que haber puesto una pistola antes ahí debajo. Se queda sentado. Se enciende la luz del pasillo. Oye unos pasos. La larga sombra de Julio se proyecta sobre el suelo de su habitación. Está ahí, en el umbral, recortado contra la pared.

–Quiero hacer una película de terror. Me quedo si después de Facundo hago una peli de miedo. Eso ha dicho.

–Fenomenal.

El camarero al que nadie deja propina. El camarero al que le mangan las propinas que, además, no le han dejado. El camarero al que sigue la cámara solo para justificar el travelling en la escena del restaurante, el camarero con el delantal demasiado largo, corto, del revés. El camarero con diecinueve mesas, el camarero afónico, sin lunes de descanso del personal. El camarero sin postre. Ese camarero. Ese camarero quiere hacer películas de miedo.

–Mira el cura ese cómo fuma –dice Castor.

–Dónde.

–Míralo, míralo. –Castor señala con la barbilla hacia un banco donde está sentado un cura, efectivamente. Lleva alzacuellos y si no fuera por eso, como va de negro, pasaría por otro camarero igual que Julio. El cura de vez en cuando echa la cabeza para atrás y suelta unos aros de humo muy bien ejecutados.

–Qué cosa más rara –dice Julio.

–Vamos a preguntarle qué le pasa.

Están en la plaza de San Amaro, que a Castor siempre le ha parecido Buenos Aires o uno de los sitios menos madrileños de Madrid. Le han dicho que hay una iglesia por esta zona, necesitan una para el rodaje, pero no lo encuentran por ningún lado aunque llevan un buen rato dando vueltas por el parque y por las calles de los alrededores.

–Es que me han cerrado la parroquia –contesta el cura.

–¿Y eso se puede hacer? –pregunta Julio.

El cura se encoge de hombros. Es un poco vacilón.

–Ya no venía nadie –dice–. Ahora los domingos la gente en vez de ir a misa se va de compras a la Gran Vía.

Un cura vacilón y rojo. Un cura de los sesenta.

–Al Primark de cabeza –continúa–. Trabajan de lunes a viernes y lo que ganan en cinco días se lo gastan luego en dos.

–Ah.

Castor mira al cura un momento. No sabe si llamarlo de usted, tienen la misma edad.

–¿A ti te gustaría salir en la tele?

Le iba a dar mucho juego tener a un cura de los de verdad. El cura enciende otro cigarrillo, tiene las uñas amarillas del tabaco y de pasar muchas horas sin nada que hacer.

–¿Como los telepredicadores? –pregunta.

–No, no. En un programa de humor.

–No me veo.

–¿Podríamos ver la parroquia? –pregunta Castor–. Estamos buscando una iglesia para rodar una escena de una serie de televisión. Una comedia.

El cura se levanta de pronto, parece entusiasmado, es muy alto, es como un adolescente que hubiera crecido de golpe en verano.

Van un cura, un camarero y un gordo de feria. A ver una exparroquia que era un antiguo garaje, entre una peluquería y un concesionario de Toyota. La parroquia es bastante grande, con unas columnas de cemento y una luz que entra al bies, marcando mucho la sombra como en las pelis de miedo. A Julio le encanta todo esto, debe de haber sido niño de coro, tiene esa cara.

Castor y Julio han estado ensayando en casa toda la semana. Julio tiene la voz un poco más aguda que Castor, como era de esperar, pero quitando eso podría pasar por Castor sin ningún problema. Ha engordado siete kilos nada menos, ha estado comiendo huevos rotos y ensaladilla rusa y lacón y macarrones con chorizo y Cheddar para parar un tren. Cuando cumplía con el menú,

Castor le dejaba comer unas mandarinas, como recompensa. Se le ve muy en su salsa además, como si ese gordo que llevaba muy dentro hubiera salido por fin del armario. El único problema que han tenido es que se echaba a reír al contar los chistes, por mucho que Castor intentara corregirlo.

–Uno no se puede reír de sus propios chistes. Queda fatal, le quita la gracia. Yo nunca me río de mis propios chistes. En realidad nunca de me río de nada.

–Ah.

–Es la regla número uno de la comedia. Queda raro.

–¿Y la número dos?

Se lo piensa un momento.

–Que te tienen que pagar.

La parroquia es grande y tiene de todo. A Castor le gustan mucho las iglesias, en una iglesia puedes meterte cuando llueve o cuando hace mucho calor y sentarte un rato sin tener que consumir nada, no como en los bares. Siempre hay gente de paso, gente como él, ahí sentada sin pinta de rezar, mirando el móvil, usando el wifi algo lento de las iglesias, la paloma mensajera del Espíritu Santo siempre tan poco decidida. Además, la gente se está callada. Esta parroquia es un poco cutre, que es justo lo que necesitaban. En las hornacinas hay candelabros, jarrones con flores de plástico, velas de LED, como en los cuartos de estar de capitales de provincia.

–Tú no te preocupes por la primera escena, no tienes que hacer nada.

–Ah.

–Es tu funeral. Haces de muerto.

–Oh.

Castor se pone a hacer fotos con el móvil para mandarlas al cámara y al resto del equipo, a ver si les cuadra para el rodaje. Le hace una foto al cura, que fuma. El curita está metido dentro del confesionario, esperando a algún feligrés que venga a confesarse del pecado de avaricia que no va a venir. Sentado en el otro confesionario, Julio mira su móvil. Con el ceño fruncido y una atención preocupante. Algo hay ahí que Castor tiene que averiguar, quiere saber qué es y a la vez no quiere saber nada de nada, no quiere más problemas, no le interesan. No se decide. Es complicado.

–Vamos a comprar unos bocadillos de lomo –le dice a Julio.

–Estoy bien aquí –dice Julio sin levantar la vista del móvil.

–Tú mismo.

Sale a la calle, hace un calor húmedo, recauchutado. Necesita una litrona de Red Bull, comer, despejarse, necesita un chino. Da una vuelta a la manzana pero chino no hay ni uno por aquí, es un barrio de gente con pasta. Entonces se cruza con un chino de los de verdad, un señor chino caminando con las manos en los bolsillos, silbando a la española. Va a preguntarle si hay un chino cerca pero le da un poco de vergüenza hacerlo, no sabe muy bien qué términos usar. Se miran de reojo, Castor se sonroja y mira al suelo. Luego se enfada consigo mismo. Encuentra un chino junto a un taller de chapa, a la vuelta de la esquina.

–Buenos días.

El chino, que está mirando la temporada ochocientos veintisiete de su serie cantonesa favorita por el portátil sentado frente al ventilador, pasa de saludar. Castor va directo a la cámara frigorífica, donde hay empanadas y pizzas y helados y pollos congelados, todo junto. No se decide. Suspira, gruñe. Mira alrededor a ver si encuentra algo más contundente. Los pasillos son muy largos, con latas y frascos de marcas que no conoce nada con etiquetas de productos a medio

camino entre el reino vegetal y el reino animal. Entonces, al otro extremo de uno de esos larguísimos pasillos, esas empalizadas contra Occidente, ve a la mujer. De negro. De pie. Está de espaldas pero reconoce su pelo y su cara reflejada en el cristal de la nevera de bebidas, enmarcada entre botellas verdes de Sprite. Castor se queda inmóvil, no quiere ni respirar. Solo se oyen las voces de la serie. Risas. Una sitcom china. Castor da un paso atrás. Más risas. La mujer empieza a girar la cabeza, muy lentamente, buscando, escaneando el espacio en tres dimensiones. Antes de que la cabeza le dé la vuelta completa, Castor se desliza a un lado y se queda pegado al lateral de una estantería. Esta sección de algas, hierbas secas, hongos, un olor ácido, dinástico. Aguanta el aliento. No sabe si es realmente su china. Todas le parecen igual o es que todos los millones de chinas son la misma, una, esta. No quiere volver a mirar. Muchas más risas. Se dirige a la salida con la vista clavada en el espejo que hay en la esquina con el que el chino vigila su local, una tienda que a Castor de pronto le resulta enorme, laberíntica, la puerta de salida le parece que se aleja en un zoom sin fin en el espejo abombado del techo. Está aterrado. Se detiene de nuevo en otro lateral. Mira el espejo. Ya está muy cerca de la salida. Toma aire, tuerce el pasillo. Frente a él, sentado en una estantería, encajado entre botes de fideos, un niño chino de unos tres años lo mira fijamente. Castor se detiene. Le sonrío. Se le han puesto los pelos de punta. El niño no sonrío. ¿Es de carne y hueso? Castor estira el brazo para tocarlo. El niño lo señala con el dedo y dice algo en chino que suena como una pregunta. Castor asiente, no sabe por qué, y sale muy despacio por la puerta, conteniendo el aliento, como si no estuviera ahí.

De los cien montaditos de la franquicia, Julio se ha comido veintisiete en media hora. Están rodeados de estudiantes y gente joven y sin un duro, bebedores de cerveza desde que se levantan hasta la medianoche. Julio ha pedido otra cerveza y algo que va frito y con cinco o seis salsas. Come sin decir esta boca es mía, con los ojos fijos en el plato de plástico.

–No le des tantas vueltas –le dice Castor. Ayer le tenían que haber quitado los puntos de la ceja, pero la cicatriz no ha cerrado todavía y ahora se está tirando de los puntos de catgut, con mucho cuidado, pero con muchas ganas también.

–Yo no sirvo para esto –dice Julio.

–Esta noche irá mejor la cosa, ya verás.

–Yo no sirvo para nada.

–Tienes que prestar más atención a lo que te dice la directora.

–¿La directora es la del pelo blanco?

–La directora es una mala bicha.

–Pero si hago todo lo que me dice.

–Ya, ya. Pero también haces caso de todo lo que te dice el cámara y de lo que te dice la script y de lo que te dice el ayudante y de lo que te dice el fotofija.

–Y de lo que me dices tú.

–Sí. Y de lo que te dice la del catering.

–Bueno.

–No puedes hacerle caso a todo el mundo.

–Ah.

El día de ayer fue el primero de rodaje y resultó un desastre, un caos desde el principio. El equipo era demasiado grande, sobraba gente, sobraba maquinaria, la directora no sabía qué hacer con tanto personal. Hace un par de años la directora dio el pelotazo con una serie de YouTube en la que contaba los ligues que se echaba por el OkCupid. Hablaba de cosas chungas y de cosas divertidas y de todas las variantes del pene español. La serie se llamaba *Entre pitos y flautas*, tenía la pinta de ir a durar una semana pero ya lleva dos años. La serie le había costado cuatro perras y para esta de ahora se ha buscado una productora que le ha dicho que sí a todo y le ha dado mucha pasta. No hay que darle pasta nunca a quien se las apaña con poca porque resultará una mierda, cara y nada más, y no hay nada peor en este mundo que meter mucho dinero en una mala idea como si el dinero pudiera arreglarlo todo. Nada apunta mejor hacia el fracaso que una mierda forrada de charol blanco.

–A ti lo que te pasa es que quieres caerle bien a todo el mundo –dice Castor–. Sobre todo a quien no te gusta.

–A mí me gusta todo el mundo.

–Eso es imposible. Eso no pasa ni en el kindergarten.

–Bueno.

–Cómo que bueno.

–No me gusta discutir.

–¿Ah, no? Pues vas a empezar a discutir hasta que te guste.

–Sí.

–Me estás empezando a hartar. Otra vez.

Julio no dice nada. Baja la cabeza. Se queda mirando los restos que le quedan en el plato. Es tan manso que da miedo, ahí, contando hasta cinco con los dedos de la mano.

–Oye –dice Castor–. Tú.

–Qué.

–¿Tú conoces a alguna china?

–¿A alguna mujer china, dices? –Julio gira los ojos mirando al techo. Mirando a la derecha. Mirando a la izquierda. Mirando al suelo. Buscando la representación genérica de una mujer china dentro de su cabeza–. No.

–¿Seguro?

–No sé. Sí. ¿Sí? Conozco personas chinas más o menos como todo el mundo.

–¿Conoces a una mujer china sí o no?

Julio dice que no con la cabeza. Tiene esa expresión, como si estuvieran a punto de llorarle los ojos, tan frecuente en las personas de ojos claros, esa expresión de quien no sabe mentir aunque le vaya la vida en ello.

–Ok –concede Castor.

–¿Todo bien?

Castor se levanta.

–Más o menos.

Dos días libres. La directora ha tenido otra bronca con el productor y han decidido suspender el rodaje hasta que todo vuelva a su orden. Castor, que está un poco harto de ir a todas partes con Julio, lo enchufa frente a la tele a ver pelis de miedo, maratones de quince horas de películas sobre los hermanos fontaneros que emparedan a señoras, sobre niños ciegos en piscinas olímpicas, sobre presencias en la pantalla del móvil, sobre pomos que giran, sobre árboles que andan, sobre fotógrafos. Terror japonés. Terror latino. Terror español. Mientras, él se mete en un taller de cerveza artesana. El primer día que va al taller no sabe qué ponerse. Nunca sabe qué ponerse, en realidad. Todo lo que tiene se parece bastante, va siempre como de uniforme, camisetas, prendas de marca blanca, una ropa que no dice nada de él. Luego tiene también camisas, dos. Castor divide a la gente entre los que van en camisa y los que van en camiseta, entre los adultos hechos y derechos y los que no piensan pasar de la adolescencia en su vida. Se pone la camisa, negra, por fuera. Por dentro le parece demasiado. Al llegar al taller se encuentra con que todos van en camiseta. Son treintañeros, claro. Barba y gafas de pasta. El único que va en camisa es un cuarentón que quiere pasar por moderno o que ha ido a ligar y que le parece un gilipollas. Como el gilipollas de la camisa se encuentra enseguida fuera de lugar, se acerca a Castor para desentonar un poco menos. Castor saca su móvil, el gilipollas saca su móvil, a ver quién es el más rápido, amigo. El taller empieza. Hay un montón de gente, ahora todo el mundo quiere hacerse artesano de algo, tener un huerto, ir en bicicleta, esas cosas. Al día siguiente no sabe qué ponerse para volver al taller. Si se viste de camiseta se va a notar mucho que quiere integrarse, pero si se viste de camisa se le va a pegar el gilipollas otra vez.

Decide no volver.

El cámara de Fuengirola les está esperando en el coche. Castor lo ve de lejos, le está hablando a la novia, sentada como siempre en el asiento de atrás. La novia no le hace el menor caso, no se molesta ni en levantar la vista del móvil ni en contestar, que es lo que hacen las novias de ahora. El cámara es el único del equipo que está al tanto del acuerdo entre Julio y Castor. En realidad es la única persona, además de la novia, que sabe que hay dos iguales, algo que ha asimilado con toda la naturalidad del mundo.

Tienen que estar a las diez y media en la parroquia, donde van a acabar de rodar la escena del funeral de Facundo. Julio tiene muy poco que hacer. No tiene nada de diálogo, solo debe quedarse metido en la caja de pino mientras sus colegas se despiden de él, cada uno a su manera. Aun así, Julio se está poniendo nervioso. Cuando se pone nervioso, no parpadea. Castor ya se ha dado cuenta de eso.

Ahora están corriendo Castellana arriba. Es de noche y se han encendido los anuncios luminosos sobre las azoteas: Mahou, Renova, ECO. Como casi todas las ventanas de las oficinas están a oscuras, los anuncios parecen pegatinas sobre el tablón negro del cielo. Yoigo. REALIA. Cepsa. Engaña mucho, Madrid, o eso le parece a Castor. Madrid es el anuncio pero nunca el producto, la oferta pero no la demanda. En Madrid parece que hay de todo, que te regala mil y una cosas, pero la verdad es que Madrid no te da nada de nada, no da ni las gracias por venir, de eso te das cuenta demasiado tarde, cuando quien lo ha dado todo eres tú.

El cámara aparca a un par de manzanas de la iglesia para que no los vea nadie. Se bajan él y Julio y se dirigen a la parroquia, donde ya está todo preparado, Castor lo ve todo de lejos, los focos, la carpa, la camioneta, el campo de refugiados de los rodajes. Castor se queda dentro del coche, para que Julio sepa que está ahí si necesita algo, eso ha dicho, cuando lo cierto es que quiere vigilar la calle por si la china vuelve a aparecer por ahí. La novia sigue sentada detrás, con los ojos cerrados y la boca bien abierta. Durmiendo. Castor bosteza, cierra los ojos, quiere aprovechar ese rato que se queda solo para dormir. Se distrae unos minutos con los fogonazos que cruzan su retina desde el accidente, hasta que se queda dormido.

Sueña que está en el antiguo Palacio de Congresos de AZCA. En un congreso sobre economía neoliberal; hay muchísima gente, hay empujadores como en el metro de Tokio y algo que están regalando a todo el mundo, envuelto en papel de plata, que a Castor no le llegan a dar. Encima del escenario está Julio dando un TED. Camina mientras habla al público, sobre el coltán, sobre los mirlos blancos, sobre los cisnes negros. La gente le hace fotos, le etiquetan. La gente tiene toda la misma cara, la de él, Castor, o peor, la de Julio.

Le despierta un aviso de móvil. Encima de la guantera está el móvil de Julio. Ha debido de olvidárselo ahí. La luz verde de aviso de mensajes parpadea sin parar. Castor lo coge. El móvil es viejísimo, enorme, de marca blanca. Echa un vistazo atrás por si se ha despertado la novia. En el archivo del móvil hay muy pocas fotos de Julio, parecen fotos de los cincuenta aunque sean de ahora. Es que tiene cara pasada de moda. Como él. En la última foto aparece detrás de la barra de un bar. Sentado en un taburete de la barra hay un chino en chándal rojo, mirando a la cámara con los brazos cruzados. El único mensaje que tiene Julio dice así: «TE ESTOY BUSCANDO Y TE VOY A ENCONTRAR.»

Castor está en mitad del pasillo de la casa de Martínez Campos, temblando, a oscuras. Conteniendo la respiración. Está mirando lo único que se trajo de su antigua casa, una estampa japonesa del siglo XVII que representa a un mono de culo pelado con una lengua muy larga enrollada alrededor del cuello de una doncella. Han cenado en el comedor, costillas de cerdo, pan de Cádiz, flamenquines, torrijas, vino de Cómputa, sopa, y ropa vieja y queso Cheddar, cada uno en un extremo de la mesa de cuatro metros. Julio ha lavado los platos, tiene esa manía aunque sean de plástico, de usar y tirar, y ha bajado la basura porque Castor le ha dicho que lo haga: «Baja la basura.» Ahora está abriendo la puerta de la casa.

—¿Qué haces ahí a oscuras? —le pregunta Julio al entrar.

Castor no contesta. En el rato que Julio ha estado fuera ha vuelto a mirar su móvil y ha vuelto a leer el mensaje. No aparece el nombre de quien lo ha enviado, solo el número de teléfono. Hay dieciocho mensajes más de ese número, todos eliminados.

—Nada.

Julio entra y enciende la luz del recibidor. Qué pálido está. Qué pálido es.

—¿Por qué tienes mi móvil? —le pregunta.

—¿Quién te está buscando?

Julio se detiene en seco.

—¿A mí?

—Sí, a ti. No me jodas.

Julio cruza los brazos contra el pecho.

—Es largo de contar.

—Me da igual. ¿Por qué me dijiste que no conocías a ninguna mujer china?

Julio suelta una carcajada. Es la primera vez que Castor lo oye reírse.

—¿A una mujer china?

—¿Pero tú te crees que yo soy gilipollas o qué?

—He intentado decirte lo que pasa muchas veces y no has querido oírlo.

—Tú te callas. Ahora vas y te callas.

—Es culpa tuya.

—Lo que faltaba.

Castor se siente de pronto muy cansado, como si le hubieran dado una paliza, que es lo más parecido a estar triste en él.

—¿Por qué me miras así? —pregunta Julio. Está más sorprendido que asustado.

—¿Quién eres? —se oye gritar Castor. Aprieta los puños y los suelta y los vuelve a apretar—. Te voy a romper la cara.

—¿Estás loco? —dice Julio.

Da unos pasos hacia él, esos ojos de ciervo deslumbrado en medio de la carretera. Castor se ha sonrojado tan violentamente que parece que vaya a desplomarse. Cuando ve que Julio se acerca, Castor se abalanza contra él. Con los ojos cerrados. Con la cabeza por delante. El cabezazo le da a Julio en plena cara.

El ruido del hueso de la nariz de Julio al romperse suena igual que cuando se rompe la pata de una silla vieja.

—Ay, Dios.

Hay un silencio tan vacío que no pasa ni el tiempo.

Julio se ha escurrido pared abajo hasta quedar sentado en medio del pasillo, mirando a un lado

y a otro, sin entender nada. Tiene la nariz rota, hundida, desviada, se está hinchando por segundos. Un reguero de sangre baja por su cara, más blanca que nunca.

Se quedan mirándose. Mudos.

Castor siente tanta vergüenza, está tan asustado, le parece todo tan raro, tan loco, tan feo, y tan inesperado, que sin decir palabra abre la puerta y se va.

Domingo. Por la mañana. Menos mal que hoy es día de descanso del rodaje. Castor se levanta a las siete pero podría haberlo hecho antes porque no ha pegado ojo en toda la noche. Cuando volvió, a eso de las dos de la mañana pero de tres días después, como en las grandes borracheras, Julio no estaba. Lo primero que hace es mirar a ver si Julio ha vuelto, que no ha vuelto, y si se ha llevado su ropa. Abre el armario. No hay nada ahí, ni de Julio ni de nadie. Mira por toda la casa pero tampoco sabría identificar las cosas de Julio. No se ha fijado nunca en eso, la verdad, como si Julio hubiera salido tal cual vino al mundo de una tarta de cumpleaños de dos metros de altura. Cada vez que pasa por el pasillo se para frente a la mancha de sangre en forma de corazón, sí, de corazón, que ha quedado en la alfombra blanca. Cada vez. Se encuentra tan mal que se come la compra de la semana de una sentada. No sabe si llamar al cámara, es la única persona con quien puede hablar de todo eso, pero prefiere no decir nada a nadie todavía. Sale al rellano del piso, que es muy grande y muy frío, con un ficus gigantesco como para repoblar el planeta. No sabe qué hace ahí. Baja a la portería. Llama a la puerta de la portera, que vive ahí mismo. La portera le dice desde dentro, sin abrir la puerta, que no entre porque acaba de fregar. Castor baja al cabo de unos diez minutos de nuevo y la portera le dice que no entre, que acaba de fregar. La quinta vez que baja y la portera le dice que acaba de fregar, empuja la puerta de la portería. Está ahí, la portera, de pie en una esquina del saloncito, un triángulo seco como el pico de un pañuelo. Castor saluda desde la puerta.

–Buenas tardes.

En la portería no hay ni un mueble, solo el losado en ajedrez, resplandeciente, como de iglesia andaluza.

–Ay, señorito.

–Qué casa tan limpia. Y tan vacía.

–Qué quiere el señorito. No me pise el suelo, hágame el favor.

–No me llame señorito. ¿Ha visto salir a alguien de mi casa, con maletas, como de viaje?

–Yo no he visto nada, señorito.

Castor levanta un pie despacio. Pisa el suelo y deja el pie ahí.

–Bueno. He visto salir a su mellizo y coger un taxi, ayer a eso de las siete.

–¿Y le dijo algo?

–Me dijo: «Adiós, Lucrecia. Cuídese mucho.» Señorito.

–¿Le dijo adónde iba?

–Me dijo «Lucrecia, voy a dar un giro a mi vida de trescientos sesenta grados.»

–¿Se fue solo?

–Sí, señorito.

–¿Dejó algo?

–Me dejó una propina de cincuenta euros y me dijo: «Buena suerte, Lucrecia.»

–Muy bien. ¿Y una nota o una carta?

–No, señorito.

–Gracias. Muchas gracias. ¿Cómo se llama usted?

–No importa. No hay de qué. Señorito.

Se echa una siesta de cinco horas y media. Se despierta de madrugada, a las seis, muy despejado, y les manda un mensaje al productor y a la directora y a todo el mundo para decirles que se interrumpe el rodaje porque se ha puesto malo y está con fiebre. Con trescientos sesenta grados.

Después, se levanta con dos pies izquierdos.

Todo el mundo habla todo el tiempo hasta que les preguntas algo en concreto. Entonces ya no saben qué decir. Castor se ha subido al 27, tiene que ir toda la Castellana y Recoletos arriba. Va a casa del cámara, que es la única persona con quien puede hablar de la desaparición de Julio. En el asiento de al lado se le sienta una señora que va leyendo en voz alta los nombres de las calles, de los restaurantes, de los monumentos a la Constitución Española. Cuando pasan por María de Molina la señora le señala un edificio.

–Ahí vivía Lola Flores.

–¿Y cuánto ganaba la señora Flores?

La mujer duda tres paradas seguidas.

–No lo sé.

Castor se baja delante del Circo Price y sube a la casa del cámara. Es un piso con más pasillo que habitaciones, un pisito más para pasear que para estar, con más patios que habitaciones, la verdad sea dicha. El cámara está encantado de verlo. El cámara siempre está de buen humor, es un tipo alegre, es de esas personas que se ponen a tirar cohetes hasta cuando están cayendo bombas. A Castor le parece un poco gilipollas.

–Julio ha desaparecido –le suelta. Están en la cocina, donde hay uno, tres, siete comederos de gatos, ahora todos los treintañeros tienen gatos, varios, cocinan, compostan, poliamor, microdosis de setas, género fluido, etc. Y hacen la compra en supermercados ecológicos.

–Anda.

El cámara se echa a reír.

–No estoy hablando en broma.

–¿Pero no estaba enfermo? Es lo que habías dicho.

–No. Me lo he inventado. No sé dónde está.

–¿Os habéis peleado?

–Claro que no –miente Castor. Como siempre.

–Bueno, tú te peleas con todo el mundo.

–Pero Julio no se pelea con nadie.

–Eso es.

Quien ha dicho esto ha sido la novia del cámara. Está en la habitación de al lado, Castor ve sus largos pies colgando de la cama, de donde no piensa moverse.

–¿Cómo que eso es? –pregunta Castor.

–¿Le has preguntado alguna vez si le apetecía salir en la tele? –continúa la novia.

Castor piensa un momento.

–La verdad es que no lo sé.

–Sí que le apetecía –contesta ella.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque me lo dijo.

–¿Y qué más te dijo?

–Y a ti qué te importa.

–Bueno, llevas razón, no sé si me importa, sí que me preocupa.

–Me pidió los números de Arturo y Cortés.

–¿Y por qué no me los pidió a mí?

–Tú sabrás, pregúntaselo cuando lo veas ¿Los tienes, los teléfonos? No. Pues entonces.

–Arturo y Cortés son competencia. No son amigos.

–Tú no tienes amigos.

–Vosotros sois amigos míos. Hemos hecho viajes juntos.

–Hemos hecho viajes juntos porque tenemos coche y tú no.

Castor se levanta y va a la habitación donde se encuentra la novia. Está ahí tumbada, más ancha que larga, como si hubieran construido el piso y el edificio entero y todo Madrid a su alrededor sin que ella tuviera que moverse ni un milímetro.

–Dame los números de Arturo y Cortés.

La novia está trasteando con el Tinder, todos a la derecha, pura testosterona.

–¿Por favor?

–Por favor.

La novia mira su móvil y le da los números. Luego se tira otra vez en la cama, a escuchar música, en vinilo, claro. Detrás de la cama de la novia hay una ventana que da al colegio de los Padres Salesianos, donde hay un cartel enorme de san Juan Bosco. El cartel, por alguna razón, tiene una mitad mucho más oscura que la otra, media cara blanca y media cara muy morena, y por eso parece un santo indeciso, un santo que duda, un santo como Dios manda. Igual era un santo humorista.

Castor no se ha casado nunca pero una vez tuvo un dalmata. Como se olvidaba de darle de comer y de sacarlo a la calle, un buen día el dalmata se escapó y ya no volvió más. Esto fue hace unos tres años, pero al mudarse al barrio de Chamberí un día se lo encontró por la calle, de la correa de una chica de servicio de uniforme. Se reconocieron enseguida. Se saludaron con la cabeza. Pasaron de largo. Luego lo ha visto más veces, al perro ya suelto. Castor y el dalmata se miran, se miden. No se dicen nada. A veces el dalmata viene a buscarlo, a verlo solo, mira a Castor desde el otro lado de la calle, caminando arriba y abajo por la acera sin quitarle el ojo, se para y vuelve a pasar, despacito, desde el otro lado de la calle Miguel Ángel como un río que ninguno de los dos piensa cruzar.

Castor no se acuerda de cómo se llamaba.

La tristeza es el fantasma que no ves.

Va a ver a Arturo. Arturo es argentino, es humorista, es un intelectual. Ha escrito un cómic sobre los mecanismos del humor que se llama *El malestar en el ocio* que se está vendiendo como el chocolate con churros. Castor no lo ha leído. Cuando lo ha llamado esta mañana para hablar por teléfono solo pensaba preguntarle por Julio, pero Arturo le ha pedido que vaya a su casa y se teme que le va a dar la gran chapa. Arturo el argentino vive en el barrio de Salamanca. Al llegar a la casa de Arturo tiene la sensación de entrar en una de esas casas con las que suele tener pesadillas, pisos de dimensiones corrientes por fuera pero que en cuanto entras te encuentras con plantas diáfanas y enormes y con escaleras mecánicas como en un centro comercial. Arturo tiene muchas fotos suyas en las paredes. Fotos con la Kirchner, con Calamaro, con Perón, con Martín Fierro.

–Hasta aquí hemos llegado –dice Arturo.

–¿Cómo?

–Que hasta aquí hemos llegado –repite Arturo. Arturo tiene una buena mata de pelo, como todos los argentinos—. Hasta el saloncito amarillo.

Arturo se sienta en un sofá amarillo, efectivamente, junto a una mesa ratona.

–¿Sabes a lo que vengo? –le pregunta Castor, que no se quiere sentar pero que acaba haciéndolo.

–¿Qué te ha pasado en la cara?

–Nada. Un accidente.

–Estás transfigurado.

–Será desfigurado.

–No, no. Transfigurado.

–Como quieras.

–Dímelo tú.

Se hace un silencio largo. Hay mucho cine ahí.

–¿Y a un tal Julio lo conoces? –pregunta Castor.

Arturo le señala una foto en la que aparece con Cortázar y unos ponis de fondo, sobre la chimenea de mármol.

–Digo uno que se parece mucho a mí –dice Castor.

–¿En qué sentido? –Arturo cruza las piernas, es muy argentino eso de hablar y fumar a la vez.

–Que se parece de cara, de aspecto, grande. ¿Ha venido?

–¿Y de forma de ser?

–Es lo contrario que yo. Creo. Sí. ¿No?

–Dímelo tú.

Arturo tiene dos helechos gigantes detrás. A Castor, no sabe por qué, le parece que están en un set de una peli porno.

–Joder.

Arturo ya no sonrío. Igual le está haciendo pagar que ha llegado hora y media más tarde de lo que había dicho. Castor se va a disculpar, pero no le sale. Y no le sale porque en realidad tendría que disculparse de demasiadas cosas con Arturo. Cuando Arturo llegó de Buenos Aires, uno de los primeros humoristas a los que buscó fue a Castor, que se hizo el loco y no le atendió ni fue a verlo ni nada, nunca, hasta que Arturo empezó a dar el taquillazo con *Magnolia*, un espectáculo de risas que ha funcionado muy bien, y ahora que tiene una casa más grande que la suya, más grande todavía que el Palacio de Liria, ya es demasiado tarde. Castor lo mira ahí sentado, los reposabrazos del sofá amarillo gastados, transparentes, como si pensara con los codos. Castor a estas alturas ya sabe que Arturo no va a soltar prenda o no sabe nada.

–Me voy a marchar –dice Castor muy alto.

Arturo no hace ningún comentario. No se mueve. El silencio de ahora entra ya en la categoría de lacaniano. Castor se levanta, se dirige a la puerta, que está a varios kilómetros de distancia. En el momento en que sale por la puerta, se despierta.

Es mediodía.

Decide no ir a ver a Arturo.

Se da un paseo en barca por el lago del Retiro.

Cortés es gitano. Hay humor gitano aunque los payos no tengamos ni idea. El humor gitano es tan poético, es tan lírico, es tan raro de entender que en realidad los gitanos solo dejan de reírse cuando oyen a un humorista que no es gitano, que es cuando se quedan callados. Cortés lleva el pelo recogido en un moño, tirantes y camisetas negros, la raya del ojo. Cortés y Castor están

comiendo fideos en un restaurante chino de la calle Marcelo Usera. Cortés le ha propuesto comer en Usera porque quiere conquistar al público chino.

–Estos chinos sí que saben. Han venido hasta aquí a trabajar pero vamos a acabar todos trabajando para ellos –dice Cortés antes de servirse la bandeja entera de arroz blanco.

–¿Cómo es que estás así con todo lo que tragas?

–Pues luego me voy a comer un plátano.

Cortés es flaco, nervioso, no sabe estar sentado. Atraparía una mosca en vuelo con la mano.

–Entonces qué fue lo que te dijo Julio –le pregunta Castor.

–A mí Julio no me dijo nada del rodaje que me cuentas.

–¿Y de mí? ¿De mí te dijo algo?

–No.

–¿Y para qué quería verte?

–Me preguntó si conocía gente en Almería.

–¿Y a quién conoces en Almería?

Cortés coge la botella de cerveza, le da un trago y vuelve a dejarla en la mesa. Luego sigue comiendo como si no le hubiera escuchado.

–¿Y por qué voy yo a decirte nada? –le contesta.

–Entonces para qué me has traído hasta aquí, hasta Usera, que está todo cerrado, además.

Cortés se le queda mirando. Tiene los ojos tan negros que parece que solo sale de noche.

–Te has metido mucho con los gitanos, tú.

–Así que esas tenemos.

–Esas tenemos.

–Me he metido con los gitanos y con los rumanos y con los rusos de los hoteles. Y con los chinos no digamos.

–Todo tópicos.

–Claro que todo tópicos, de qué coño hablamos los humoristas, si no.

–Has dicho que los gitanos metemos caballos en casa.

–Lo he visto con mis propios ojos.

–Tú eso no lo vas a repetir.

–Bueno.

–Ni caballos ni gallinas.

–Vale.

–Si quieres ser posmoderno vas a tener que dejar de hablar de gallinas.

–Entendido.

Cortés chasquea la lengua.

–Dame tu mano.

Castor le da la mano.

–Esto lo está viendo Dios –dice Cortés.

–Claro que sí. ¿Entonces a quién conoces en Almería?

–Yo en Almería no conozco a nadie. Pero sí te digo que Julio se volvía para allá. Quiere cambiar de vida.

–¿Y sabes su dirección?

–No.

–Me puedes soltar la mano ya, si te parece.

Cortés le suelta la mano. Se estira y da un bostezo. Mira la hora.

–Me voy a echar una siesta que se van a parar los relojes.

Se queda un rato por Usera; no sabe por qué, espera encontrarse con una plaza de toros por aquí. Hay prados, hay gallinas y hay chinos de tercera generación ya, con reconocimiento de huella. Pero plaza de toros, ni una. Coge el metro. Son cuarenta mil estaciones hasta llegar de nuevo a Occidente. Al ir a salir en la estación de Gregorio Marañón, el torniquete se cierra antes de tiempo y se queda allí pillado. No puede ni entrar.

–Ay.

Ni puede salir.

–Ay.

No hay nadie a quien pedirle ayuda. Es agosto. Se ha quedado atascado. El torniquete no sujeta ni lo bastante flojo como para soltarse fácilmente ni lo bastante fuerte como para romperle los huesos a uno. Ni demasiado mucho ni demasiado poco, ni te mata ni te pasa la manita por el lomo. Castor, a pesar del cabreo y del cansancio, piensa entonces que así es eso de lo que habla todo el mundo sobre los límites del humor.

–Ay, ay, ay.

Aparece un guardia de seguridad que se toma su tiempo en llegar. Tres horas.

No tiene ni idea de qué hacer. Cada vez que mira el móvil se encuentra con mensajes y llamadas del productor, de la directora, de la tipa del catering, de todo el mundo. Recorre su casa de cabo a rabo, cuenta los armarios: cuarenta y dos. Se queda parado en medio de los pasillos. Pensando. Piensa en hablar con algún colega, aunque solo sea por hablar de chorradas que le distraigan del miedo y la pena que tiene metidos en el cuerpo, pero no tiene el teléfono de ninguno. Qué tiene en común con ellos, con otros cómicos, aparte de ser todos hermanos pequeños de familias raras y no saber ganar ni un duro como todos los hermanos pequeños del mundo. Nada. Llama al cámara de Fuengirola. Tal como imaginaba, se ha metido en el rodaje de otra producción, la serie de una señora que hace *unboxings* de cosméticos que no sabe para qué sirven, sentada en la cama de su habitación del chalet de Las Rozas.

–Estoy entrando en pánico –le dice Castor.

–Vas a tener que hablar con la directora.

–¿Y si necesito un abogado? ¿Tú qué crees? ¿Qué hago yo con un abogado, eh? Me dan mucho miedo a mí, los abogados.

–Siempre puedes decir que te buscaste un sustituto porque tuviste el accidente.

Puede ser buena idea. Pero ya le han quitado los puntos, aunque le queda una buena cicatriz, un tajo que le parte la ceja en dos como un cortafuegos. Se tira de un pelo de la ceja, uno muy largo, de octogenario, mientras se hace un café. Qué es eso de encima de la cafetera. Un sobre de azúcar. Un sobre de azúcar del Beverly.

–Así que te presentas a por tus cosas dos meses después, así, por las buenas –le dice el dueño del Beverly mirándole por encima de las gafas.

–No tengo excusa –dice Castor.

–Lo que no tienes es vergüenza.

El dueño del Beverly tiene el pelo muy blanco, gafas gordas de pasta, se parece a Onassis. El

Beverly está vacío, por dentro y por fuera. Onassis se está tomando un copazo de orujo, solo, en la barra.

–Tienes suerte de que yo no tire nunca nada.

Onassis se levanta y vuelve enseguida con una bolsa de las Mantequerías Leonesas.

–Por cierto, Julio, ha venido por aquí una señorita preguntando por ti –le dice.

–¿Una señorita?

–De Macao. China. Me lo dijo.

–¿Y qué más le dijo?

–Tú sabrás.

Castor agarra la bolsa y sale a la calle. Se sienta en una parada de autobús. Dentro de la bolsa hay un reloj de oro amarillo, unas llaves y unas pipas de girasol. Las llaves vienen en un llavero que representa una llama roja, de una discoteca de Huércal-Overa, Almería. La discoteca se llama Fogonazos.

Castor sale a la acera, a esperar un taxi. Está más contento que unas pascuas. Taxi no hay ni uno. Se planta en medio de la calzada, que es su método infalible para atraer a los taxistas, homicidas todos. No viene ningún taxi pero la puerta del coche que está aparcado justo a su lado se abre de golpe. Lo último que ve antes de perder la conciencia es un árbol muy elegante, con grandes hojas y largas vainas, que una vez le dijeron que se llamaba catalpa.

Castor está secuestrado en un hostal de la calle Leganitos. Suena a comienzo de episodio pero es la vida de verdad. Leganitos es de verdad. El empapelado a cuadros escoceses de la habitación y la tele de un palmo cuadrado y la señora que tiene delante: todo de verdad. La señora debe de tener un buen pico de años, cerca de sesenta, viste de negro de los pies a la cabeza y lleva muchas cosas de oro: en el cuello, en las dos muñecas, en cada uno de los dedos. Puro oro amarillo. Tiene pinta de mariscadora pero habla con acento andaluz.

–Si no lo veo no lo creo –dice la señora. Luego se echa a reír. Cuando se ríe se le ven hasta los intestinos–. Pero mira cómo te has puesto, qué hermosura, Julio, cualquiera te reconoce. Te voy a llevar al mercado de la feria de Níjar, eso vamos a hacer.

–Le repito que no soy Julio.

–Claro, claro. Qué risa.

La señora se ríe otra vez. Castor intenta caminar hacia ella, pero está amarrado por el pie izquierdo a la tubería del radiador con una tira de plástico como las que se usan para arreglos de fontanería. Cuanto más se mueve, más se aprieta.

–Le voy a explicar lo que ha pasado –le dice a la señora.

–Anda, cállate ya.

–¿Usted cómo se llama?

–Ay, qué fatiga.

–¿Por qué no mira entre mis cosas y verá que no soy Julio? –pregunta Castor. Entonces saca la cartera, el reloj de Julio, las llaves con el llavero de Fogonazos. En cuanto lo deja todo sobre el alféizar de la ventana se da cuenta de que ha metido la pata.

–Estás como una chota –dice la señora.

–¿Por qué no llama a su jefe?

La señora deja de reírse de golpe. Lo mira con la boca abierta y luego suelta una carcajada que sacude el edificio entero.

–¿Pero a ti qué bicho te ha picado?

–Aquí hay un error –dice Castor por enésima vez.

–Aquí hay lo que yo diga –dice la señora. Luego da una palmada sobre la mesa y no se hable más. Se queda tan seria que Castor se echa a temblar.

–Deje que hable con una persona por teléfono –dice Castor. Se le han puesto de punta los pelos de los brazos.

–Basta ya de pamplinas. Coño. Tanta tontería ya –dice la señora. Luego se levanta. Debe de medir uno setenta y cinco por lo menos, Castor ve su sombra cada vez más grande contra el contrachapado de la puerta hacia la que se dirige–. Vuelvo en media hora. Y no te muevas ni esto o te pongo a dormir otra vez. ¿Me has entendido?

Castor asiente.

–No te oigo –dice ella.

–La he entendido.

–Muy bien. Así me gusta. Que llame a mi jefe, dice. –Abre la puerta y se echa a reír otra vez–. Aquí la jefa soy yo.

Castor la oye bajar por el pasillo, riéndose a todo trapo. Mira la puerta. Mira la habitación.

Mira la cartera, saca el DNI. Comprueba con horror que lleva el de Julio y recuerda que le dio el cambiazo un día que tenía revisión médica. Se sienta en el suelo. Intenta arrancarse la tira de plástico pero no hay manera, lo único que consigue es romperse las uñas. Mira por la ventana. Está clausurada. Abajo están los policías de la comisaría, las chicas de la whiskería contigua, de palique con los polis. Hace señas con la mano pero no lo ve nadie. Algo más abajo hay una peluquería china, un local de los de uñas de gel y masajes en los pies. Frente al local hay una china apoyada contra el escaparate. La china lo está mirando fijamente. Está tan quieta que parece de porcelana. Castor le hace señas, aunque no sabe exactamente cómo darle a entender que quiere que avise a los polis de abajo. Después de un largo minuto la china deja de mirarlo y vuelve a jugar con su móvil, pasando de él.

La señora no vuelve al cabo de media hora sino a las dos de la madrugada. Está como una cuba. Cuando abre la puerta y ve a Castor se sorprende, como si se hubiera olvidado de él y recordara de golpe a qué ha venido a Madrid. Luego se acuesta sobre la cama, sin abrirla, con la ropa puesta. Se duerme enseguida. Se ríe muchísimo, toda la noche, como si le hicieran cosquillas.

Por la mañana le cuenta a Castor por qué ha venido a Madrid, por qué está ahí amarrado y por qué no lo piensa soltar.

Un flaco

Hay una carretera y al lado de la carretera una nave industrial y al lado de la nave no hay nada, guijarros encalados. Lagartijas. En el desierto. En el sur. La nave, en los sesenta, en los setenta, era una fábrica de pastelería industrial que dio trabajo a media Almería hasta que Estados Unidos descubrió el colesterol y la gente empezó a desayunar yogures y la fábrica cerró y se convirtió en discoteca. Así que la nave antes daba trabajo a media Almería y luego le dio marcha a media Almería. La disco Fogonazos tenía un neón encima que se ve desde mil kilómetros a la redonda, es lo único visible bajo el cielo vibrátil y abrasador de la costa, se ve tan bien que probablemente hasta aterricen ovnis en los alrededores, en el desierto de polvo de hueso lunar. La discoteca primero fue propiedad de uno de Almería, luego la compró un ruso cuando los rusos estaban de moda, y al final acabó en manos de un chino, tal es el destino del planeta entero.

La disco Fogonazos además de tres pistas de baile y dos barras de bar tenía un restaurante en la parte de atrás. Servían alitas de pollo, mucho pollo, mucho frito. Cuando Julio entró a trabajar de camarero tenía un turno muy raro, entraba al final de la tarde y no salía hasta el mediodía de la mañana siguiente. Como era el único empleado del local le tocaba hacerlo todo, tomar las comandas, servir las mesas, fregar los suelos, cerrar el after. Diez horas seguidas cada día. Al final de la noche se tomaba un descanso. Sacaba los cubos de basura y se encontraba las vomitonas frescas contra la tapia, los meados densos de cerveza y el amanecer, de cara, al fondo, como un párpado pesado de carne que empieza a abrirse muy despacio. Barría las colillas de los adolescentes, las chapas de botellas, los condones, los pañuelos usados, y luego se sentaba a charlar con el cocinero, que era ecuatoriano, y luego más tarde, ya de día, volvía a casa en la moto por la carretera sin asfaltar. Le pagaban una miseria y media. No decía nada, no sabía cómo decir nada. Llegó un momento en que ya no le alcanzaba ni para pagar el alquiler del piso de quince metros cuadrados y acabó durmiendo en uno de los sofalitos de la disco, pringoso de Sprite y tequila y algo más. Al propietario chino sin embargo le iba tan bien que tuvo que buscarse a un ayudante que le llevara el tinglado mientras él se iba a comprar Palacios de Liria por toda España. Quería a alguien que fuera del lugar, que hablara la lengua, que hablara almeriense. Puso en marcha su red Huawei de la región y a quien encontró fue a la antigua propietaria de un supermercado y de un bar de Pulpí, una viuda sin hijos: la señora Serafina.

La señora Serafina era ese tipo de señora que uno espera ver acompañada de un perrito de un palmo de alto, pero esta señora no venía con perro porque se lo había comido ya. La señora Serafina no fumaba pero tenía voz como si se ventilara tres paquetes en media mañana. La señora Serafina no tenía más vicio que mandar, y mucho vicio que tenía. Eso y llevar oro amarillo. Cuando se levantaba por las mañanas, antes de ir al Fogonazos, lo primero que hacía era fijarse con laca las cejas en una expresión que echaba para atrás, y sin embargo, o quizás precisamente por esa expresión, Julio y Serafina se llevaron bien desde el principio. A ella le gustaba mandar y a él le daba lo mismo que le mandaran o no. Qué ojo tienen los que son como Serafina para dar con el mustio, con el indeciso, con el utilitario. La gente que manda siempre lleva la ropa planchada. La señora Serafina, en cuanto llegaba por las mañanas, se iba derecha a buscar a Julio. Le ponía la mano en el hombro lechoso y se lo llevaba afuera, a una esquina de atrás, el único lugar a la sombra en cuarenta kilómetros a la redonda, y se ponían a hablar. A hablar ella, claro,

sin pausa. Le contaba su vida, sus penas, que eran muchas y muy variadas, y suspiraba. Se llevaban apenas unos quince años, pero le trataba como si fuera su hijo.

Así fue pasando el tiempo pleistocénico del desierto, de días muy cortos y noches de trescientas horas seguidas. Una mañana de invierno con el sol al bies, se encontró a Julio aún más callado que de costumbre. Sin gas. Un niño viejo. La señora Serafina hablaba mucho y parecía que no se fijaba en nada, pero era como un contador Geiger para identificar cualquier cosa que se saliera de su sitio.

Era enero y acababa de empezar el año y el cielo estaba tenso como el celofán de un regalo. Julio barría el cemento donde ya no había nada que barrer, muy despacio, como si estuviera escribiendo un mensaje con las hojas de palma de la escoba. La señora Serafina lo miraba con el rabillo del ojo mientras le contaba lo suyo con las dietas, lo miraba y fue haciendo pausas cada vez más largas hasta que se quedó milagrosamente callada. Pasó un helicóptero. Pasó otro helicóptero. La promesa de una guerra.

–A ti te pasa algo –le dijo Serafina.

Julio dio un par de barridos más. Parpadeó. Luego apoyó la escoba contra la pared. Susurró algo.

–No te entiendo, hijo.

–Digo que creo que ha llegado el momento de irme de aquí.

La señora Serafina se quedó cuajada. ¿Había oído bien?, no estaba segura. Dónde iba a encontrar ella a otro con esa disposición, esa actitud, esa entrega total. En ninguna parte. Se echó a reír. Pero Julio no se rió. Se limitó a mirarla con los brazos cruzados y las manos metidas debajo de los sobacos, muerto de frío a cuarenta grados.

–Ha llegado el momento de ampliar mis horizontes –dijo Julio.

–Pero dónde vas a encontrar tú más horizonte que aquí, niño –le dijo ella, y luego le señaló el desierto entero como en los pasajes de la Biblia–. Ves demasiadas series.

–Yo no tengo tele.

–Te compro una.

–Yo me voy a Madrid. A Madrid.

Ella volvió a soltar una carcajada y Julio pareció dolido o avergonzado, algo que ella aprovechó enseguida.

–Así que esas tenemos.

–Me voy en mayo. A un bar en una zona buena. Si no lo hago ahora no lo hago nunca.

–Una zona buena –repitió la señora Serafina. A ver cómo asimilaba eso. Se quedó mirando las uñas de sus pies, pintadas de rojo cereza, la uña del meñique redonda y minúscula como un punto final. Entró en la cocina y no dijo nada. Y hubiera seguido así, sin dirigirle la palabra, para que se enterase de lo que vale su silencio, oro puro, de no ser por lo que ocurrió tres semanas más tarde.

El Fogonazos estaba bien porque era enorme y porque no había nada más en muchos kilómetros a la redonda, pero no era moderno. O era moderno de cuando se usaba esa palabra, que ya no es moderna. Como no habían hecho reformas desde que abrió, y habían ido metiendo de todo lo que sobraba por las discos de Níjar y Aguamarga, cosas como bolas de espejo y sofás forrados de acrílico amarillo y lámparas estroboscópicas, muchos DJ que venían a pinchar dejaron de hacerlo. Ponían pegas a la mala sonoridad, al equipo, a lo pasado de moda que estaba todo. Empezó a correr la voz entre ellos. De pronto ya no hubo manera de que viniera ninguno. Y sin DJ no hay música y si no hay música no hay juventud que dure.

Mientras, el chino seguía sin aparecer por allí. El chino estaba comprando edificios y chalets

por todas partes, ladrillos como para construir otra Muralla China que nos iba a dejar a todos fuera, sin luz ni agua ni pan. Así que le encargó el follón de la reforma a la señora Serafina. Que no tenía ni idea, pero se puso a mirar realities en la tele, series con gente que canta en salas de fiesta, y aprendió enseguida lo de las bebidas fosforescentes y las palmeras forradas de bombillas y los chorros de agua que había que poner.

Lo que pasó también fue que a la señora Serafina le dieron ganas de abrir su propia sala. Era de esperar. Le parecía un negocio redondo, la juventud nunca sabe qué hacer pero sí sabe bailar, siempre, como los negros, que los hay a puñados en Almería, por todas partes, recogiendo tomates y vendiendo gafas de sol. Toda la costa del Mediterráneo bailando al son de Serafina. Eso quería ella. Así que cuando le mandó el presupuesto de las obras al chino, al chino ausente, al chino que no baila, le coló unos cuantos ceros de más para sacarse lo suyo. Qué española siempre, Serafina. Sonreía, Serafina, para sí, como si llevara los labios pintados también por dentro.

Pero el chino volvió. El chino siempre vuelve, está ahí 24/7, o si te mandan a otro nadie se entera de que no es el mismo.

Las obras del Fogonazos iban como un tiro, a todo meter, como un eco retardado de las producciones de las pelis del Oeste de los sesenta. Era primavera en toda Andalucía. Julio se había marchado a Madrid. Se había ido en el primer autobús de la mañana de un lunes de abril, sin despedirse de Serafina ni de nadie. Subió al autobús cuando todavía era de noche, se sentó al fondo y vio entrar a algunos de los vecinos del pueblo donde había nacido y pasado su vida de cuarenta años. Conocía los nombres de todos y cada uno de ellos, los nombraba mentalmente al verlos subir, Jacinto, Matilde, Catalina, Alfredo, pero nadie le saludó porque nadie conocía el suyo, Julio, así que le pareció que hacía lo correcto por primera vez.

La señora Serafina no se dio cuenta de su partida hasta varias semanas más tarde. Estaba metida hasta el cuello en el enorme tinglado de las obras, estaba buscando su local y haciendo régimen a la vez, estaba resplandeciente. Cuánto bullicio, cuánta gente para mandarlos a todos a colocar la fibra de vidrio, subir las vigas, tirar paredes, los tenía más tiesos que una vela. Y ese ruido blanco y rítmico de los martillazos. Cuando por fin el chino apareció, con su cara plana y sus zapatos con alzas, lo hizo cogido del brazo de una china. Una china, sí. Se manifestaron de golpe, en el umbral de la puerta abierta al desierto, sus sombras de diez metros sobre el suelo de vinilo color plata.

Cuántos años tendría la china, entre treinta y ochenta, era difícil de calcular, y a Serafina eso ya bastó para ponerle la mosca detrás de la oreja. La china lo miraba todo, lo tocaba todo y no decía nada aunque hablaba un castellano impecable, sin acento de ninguna parte. La señora Serafina se fue poniendo colorada por momentos, conteniendo la respiración. A qué había venido esta señorita o señora que era como su réplica pero en oriental y a escala reducida. Qué quería. Ni idea. Serafina esa noche no pegó ojo. Pero al día siguiente no pasó nada. Ni al día siguiente ni al otro.

Serafina se quedó más o menos tranquila. No se estaban enterando de nada, gracias a Dios. O eso parecía. Cuando los buscaba no los encontraba y cuando no los esperaba aparecían de pronto, por la espalda. A veces los veía en la línea del horizonte del desierto. Hasta que unas semanas más tarde, una noche en la que estaba viendo *Dinastía* en una cadena italiana pero le daba igual, llamaron a la puerta de su casa, abrió y se la encontró allí, vestida de blanco contra la tapia encalada de su casa. Con la cabeza muy alta y los pies muy juntos. Serafina la invitó a pasar, pero

ella prefirió quedarse donde estaba. Iba sin bolso. Qué rara eres, pensó Serafina, que no se acordaba del nombre de la china. ¿Y un vaso de agua? Un vaso de agua tampoco quería. Pues usted dirá.

–Tráigame los papeles de las contrataciones, los presupuestos de los últimos dos años y las facturas de los últimos cinco –dijo del tirón.

Que se los trajera aquí, afuera, al porche, dijo después.

–Ahora mismo.

La señora Serafina tragó saliva. Estuvo a punto de mandarla por donde había venido pero se contuvo a tiempo. No era lo más inteligente. La señora Serafina hubiera preferido que la china entrase y se sentara, más que nada porque a ella le estaban empezando a fallar las piernas de golpe, como si fueran de lana.

–Espere un momento.

–Por supuesto.

A Serafina no le quedó más remedio que ir a su despacho, donde se metió cuatro dedos de González Byass entre pecho y espalda y luego otros cuatro, y volver con los papeles. La china cogió los archivadores sin dejar de mirarla, se había recogido su larguísimo pelo en dos rodetes a los lados de la cabeza, pulidos, cósmicos. Probablemente el peso de todo ese material duplicaba el suyo varias veces, pero agarró todo con las manos y se sentó en el poyete del porche. Empezó a pasar las páginas, sin la menor prisa, rodeada de las hortensias, las buganvillas, las damas de noche, tan fragantes, los jazmines. Qué silencio más largo. La señora Serafina miraba a la china. Igual era el chino disfrazado, quién sabe. De vez en cuando sonaba el chisporrotazo de una mosca en el matamoscas azul eléctrico junto a la puerta. Más silencio. Llamaron al teléfono de la casa y Serafina se disculpó para entrar. Era un comercial de Vodafone ofreciéndole toda la fibra de España. Lo mandó a tomar café. Cuando volvió al porche, la china ya no estaba.

La señora Serafina podía dormirse en dos minutos si quería o no dormir en toda la noche, según le pareciera. Esa, que era una de viernes a sábado, una larga noche de verano andaluz, ni siquiera se acostó. Se sentó delante de la tele de plasma, que dejó apagada, una pantalla enorme donde veía su reflejo y el de las cortinas color verde lima y el de la lámpara de araña de cristal veneciano y el del mastín de Lladró de tamaño natural, tan borbónico. Ella no quería perder nada de eso, no quería perder lo que ya tenía y tampoco quería perder la sala de fiestas que quería abrir, de ninguna de las maneras. Así que pasó las siguientes siete horas planeando una estrategia, calculando, mientras daba vueltas muy despacio a sus anillos. Media vuelta para acá. Media vuelta para allá. Y la botella siempre medio llena de González Byass. Mandó un mensaje a Julio. De vez en cuando se levantaba y salía al jardín, donde el canto de las chicharras, tan preciso, tan mecánico, tan metódico, sincronizaron sus ondas alfa con la resolución perfecta.

La mañana del lunes la pareja de chinos la estaba esperando en la puerta del Fogonazos, hombro con hombro, como dos siameses. Serafina se había puesto la ropa de las fiestas serias, lunares blancos sobre fondo negro, y sandalias altas. Les sacaba una cabeza. Qué buen porte, un porte regio el de Serafina. Esos volantes almidonados.

–Buenos días.

–Buenos días, señora Flamante. Haga el favor de acompañarnos.

De poco le había servido arreglarse, porque los chinos no quisieron que los llevara a su despacho en el Fogonazos, que era su terreno, donde lo tenía todo ya preparado. El chino abrió la puerta del coche, un coche negro y brillante con plazas para cuarenta personas chinas, y la invitaron a entrar. Serafina por un momento pensó que se la iban a llevar a pegarle un tiro al

medio del desierto como en las películas del Oeste, pero no. Se quedaron allí, en ese coche que parecía de funeraria, entre las pitas y las chumberas, mientras la china, que se había sentado a su lado en el asiento de atrás, la miraba fijamente. Serafina oía el eco de los taladros y los martillazos, pero muy a lo lejos, porque el coche tenía los cristales de las ventanillas acorazados y allí dentro lo único que sentía era el bombeo hidráulico de su corazón.

–Aquí hay un agujero de cincuenta mil euros –dijo la china. Luego apoyó la punta de la uña de gel sobre los archivos.

Serafina se rió.

–Ja, ja.

La china no se rió. Los chinos solo se ríen entre ellos. El chino de pronto sacó un encendedor. Lo encendió. Pero no sacó ningún cigarrillo. La llama ardió de un añil abrasador, diez, quince segundos, hasta que cerró la tapa del encendedor de un golpe de muñeca.

Serafina hizo un gesto en el aire con la mano como quitando importancia al asunto.

–Esos cincuenta mil euros –dijo con una sonrisa de las suyas– son la mejor inversión que se puede hacer para el negocio. Del Fogonazos se va a acabar hablando en toda la península.

Dijo península para despistarla un poco, pensando que no sabría de lo que hablaba, pero parece que la china sí sabía lo que era una península. La china lo sabía todo.

–Qué más –dijo la china.

–Esos cincuenta mil euros se los he dado a un empleado de confianza para que vaya a Alemania a comprar un equipo de música.

–Qué más.

–A mí me encargaron que actualizara la sala y es lo que he hecho, al pie de la letra, fijese lo que le digo, como si el negocio fuera mío. Que no lo es, claro.

Serafina de vez en cuando echaba un vistazo al chino, sentado al volante, el chino no decía nada, Serafina solo veía su nuca plana, el pelo de visón rapado, lustroso y brillante. No movía ni un músculo.

–Qué más.

–Es lo último en sonido electrónico, tecnología del futuro, sonido envolvente en cuatro dimensiones. Carísimo –continuó, muy alto, para que la entendieran mejor, como cuando decía el menú a los turistas ingleses en su antiguo bar.

–Qué más.

–El empleado que ha ido a comprarlo es ingeniero de sonido y quiere probarlo antes de efectuar la compra. Es muy perfeccionista.

Sacó el móvil y le enseñó a la china la web de la empresa de sonido. Estaba en alemán. No se entendía nada. Lo tenía todo preparado, qué lista eres, Serafina, pensó. La china, después de ver la web, levantó la vista y miró a los ojos a Serafina, primero a un ojo y después de un buen rato al otro ojo, escrutando, buscando a la verdadera Serafina allí dentro, que notaba cómo ese verdadero ser suyo se iba reduciendo, encogiéndose, corriendo por la nave vacía sobre los tacones de las sandalias.

Los chinos se quedaron callados unos minutos. Serafina bajó los ojos. No quería echarse a llorar, no sabía qué hacer. Allí, delante de ellos, estaba el sol poniente como si fuera la última vez que se ponía.

–Cuándo volverá el empleado –preguntó la china.

–En cinco días.

–Cómo se llama el empleado.

–El empleado –dijo la señora Serafina– se llama Julio Céspedes.

Los chinos asintieron, ella tomó notas, miró su móvil, papeles. Hablaron muy deprisa entre ellos unos cuantos minutos hasta que el chino se volvió hacia Serafina y le dijo que se bajara y que querían ver el equipo de música en cuanto llegara al Fogonazos. La señora Serafina les dijo que por supuesto. Buenos días. Adiós.

Serafina bajó del coche y empezó a caminar hacia el desierto, sin bolso ni nada, el viento le movía los volantes de lunares, no sabía muy bien por qué entraba en el desierto, le parecía muy de final de película, ella caminando contra el horizonte mientras pensaba cómo hacer para que Julio no volviera a aparecer por allí nunca más, cómo hacer para que los chinos pensaran que Julio se había largado con los cincuenta mil euros, y la única solución que se le ocurrió fue ir a buscar a Julio a Madrid para quitarlo de en medio para siempre.

Un cuento chino

Serafina. Qué nombre tan bonito. A Castor el nombre le suena a emperatriz mediterránea, a trono y palio, a folclórica moderna. Castor es un feminista de los pies a la cabeza de toda la vida. Castor está convencido de que la mujer está aquí para arreglar el mundo, ya se ha dado cuenta él de que cuando un hombre no sabe hacer algo siempre hay cien mujeres que sí que saben freír un huevo, limpiar un culo, cuidar a un viejo, castigar a un hijo, por ejemplo. Pero esta Serafina se lleva la palma. Castor la mira embelesado, debe de ser el último ejemplar de mujer del siglo XIX que se cruza en su camino.

–¿Y tú a qué te dedicas? –le pregunta la señora Serafina. Ya han desayunado dos veces. Ella ha traído una caja con una docena de dónuts para cada uno y unos Red Bull para ponerse a tono. Está sentada debajo de la tele, con los tobillos cruzados, abanicándose muy despacio, un movimiento que no le da nada de aire pero que indica la complejidad y precisión de los engranajes que en este momento se están poniendo en marcha en su cabeza. Rizos, laca, zarcillos. De oro amarillo.

–Yo a hacer reír –contesta Castor.

–¿A tu edad? ¿No te da vergüenza?

–¿Cuántos años tienes?

–Tú a mí me llamas de usted. Y cómo te llamabas, que se me ha olvidado.

–Luis.

–Luis. Bueno. Ya veremos qué hacemos con eso.

Por debajo del vestido negro le asoma un piquito de enagua color carne, un poco infantil, la punta de la lengua de una niña haciendo los deberes de matemáticas.

–Tengo un espectáculo de humor –dice Castor.

–Sesenta.

–Muy bien llevados.

–Muy bien llevados, dice. Estoy como nunca. Y qué edad tiene la gente que va a verte.

–Veintitantos. Treinta.

–Menudo disparate.

–Pues tengo mucho éxito.

–A callar.

Castor está pasmado, escandalizado, boquiabierto. Es la primera vez en mucho tiempo que recuerde que alguien le replica. Una de las ventajas de ser humorista es que nadie te replica, nadie lleva el micro más que tú, nadie lleva razón más que el humorista, ahí arriba subido al escenario como a un cadalso. Por eso la gente se ríe tanto.

–¿Y usted a qué se dedicaba antes? –le pregunta Castor.

–¿Yo? A lo mismo que ahora. A vender dinero.

Castor asiente. Está sentado en la cama, con la cabeza apoyada contra la pared empapelada con flores color oro viejo. Han abierto la ventana para que entre el fresco de la tarde de la calle Leganitos. Se encuentra divinamente.

–¿Cómo ha acabado por darse cuenta de que yo no era Julio?

–Eres más hombre, tú.

Castor se sonroja tan violentamente que la señora Serafina suelta una carcajada, larga y carnosa. Castor se come un dónut entero, de una vez, para recomponerse un poco.

–¿Está casada? –se oye preguntar.

–Sí. Con el rey de Polonia.

Serafina lo mira de arriba abajo. Por cada vez que lo recorre con la vista se deja el abanico abierto contra el busto. Serafina es de las últimas mujeres que tiene busto.

–¿Y qué vamos a hacer con los chinos? ¿No vendrán a buscarnos aquí? En esta calle estamos rodeados de chinos por todas partes, seguro que nos han visto ya y les dicen dónde estamos –dice Castor. Todavía está asimilando la historia que le ha contado Serafina, una historia que le ha resuelto muchas dudas y traído aún más.

–Por eso mismo no van a creer que estamos aquí, o tú te crees que yo soy tonta. Es el escondite perfecto –dice–. Tú no te preocupes por eso que ya me encargo yo de todo.

Serafina se pone a pensar. Pero sin ninguna prisa. Parece que fuera a poner un huevo. Piensa que si el verdadero Julio ha vuelto a Almería, tal como le ha dicho el guapo del humorista, quien está en verdadero peligro ahora es ella. ¿Dónde estará la china, ahora que a estas alturas ya lo sabrá todo?, pues buscándola, sin el menor género de dudas. Frunce el encaje de su ceño. Empieza a trazar un plan, con tirachinas, calculando los pros y los contras. De vez en cuando entreabre los ojos y por entre los grumos de rímel contempla a Castor, que está un poco usado y bastante calvo pero no pasa nada. Cierra los ojos y durante un buen rato Castor cree que se ha quedado dormida hasta que los abre de golpe:

–Tú y yo nos vamos a fugar –dice, los ojos muy brillantes como los de los gatos callejeros.

Castor es de los que creen que si vas a hacer poesía mejor que sea cuando nadie mira, pero si no fuera por eso abriría la ventana y diría a voz en grito que en ese momento lo que siente es algo muy parecido al amor, al amor, al delirio de amor perdido, al silbido interminable al borde del acantilado de basalto, un amor de sudor frío y tiritona. Dos veces morir de amor.

–Ah.

–¡Mira mi mano, mira mi mano cómo se mueve! –dice Castor–. ¡No soy yo, va sola! ¡Mírala! ¡Sola!

Castor está encima de un escenario. Es un escenario muy pequeño, con un solo foco color púrpura y una cortina de terciopelo, también púrpura, detrás, en la esquina más lejana de una sala de la cubierta del crucero *Cinco Mares* que en ese momento de la tarde cruza las aguas fangosas e imperiales y anhedónicas del río Vístula. Mientras dice lo de la mano la mueve frente a su cara como si fuera un animalito salvaje que han dejado suelto.

–¡Ay! ¡Ay, ay, ay! –grita. Luego se agarra la cara con la mano y no la suelta.

Está haciendo humor físico. Castor está haciendo comedia slapstick, algo que en su momento juró que no haría en la vida, imitar a Buster Keaton o a Jerry Lewis, a quienes no se parece en nada más que en la delgadez y en la corbata estrecha y en los pantalones de hilo que apenas le llegan a los tobillos. Castor ha perdido veinticinco kilos y la barba, que ha dejado al descubierto una piel fina y pálida, inesperadamente refinada. Serafina le dijo que o perdía peso o no se lo llevaba con ella en su nueva aventura empresarial. Que no le dijo cuál era. Que iba a ser una sorpresa. Pero antes de emprender la aventura se casan. No en Las Vegas como quería Castor, sino en San Pedro del Vaticano, Roma, que es el sueño babilónico de la monumental Serafina. Casarse en San Pedro es algo que parece solo al alcance de los Legionarios de Cristo, pero en realidad está al alcance de todo el mundo. No hay más que llevarse un cura que pase por allí por la calle para que celebre el matrimonio en cualquiera de las mil capillas de la catedral. Así que Castor y Serafina se casan como Dios manda. Durante la ceremonia, que dura tres minutos exactos, a Castor se le pasa toda su vida por delante y por detrás, como cuando te pilla un coche, una gran elipsis que a él le parece plagada de malentendidos y aburrimiento y gente que no se acuerda ni de cómo se llama hasta ese momento culminante en que una paloma muy blanca va a posarse en el hombro del cura. Una paloma de ventrílocuo italiano. Una boda santa. Luego, en el viaje de vuelta, Serafina le cuenta su proyecto del crucero. En realidad Serafina la idea del crucero la tenía en la cabeza desde hacía bastante, desde las pasadas navidades cuando una amiga le enseñó un YouTube del dúo Baccara cantando en la sala de fiestas de un transatlántico que recorría el Danubio y todos sus afluentes. Lo ponía debajo. Río Danubio. Estaban estupendas, las Baccara, muy bien operadas, muy fresquitas, muy en cueros debajo de las lentejuelas. Se estaban haciendo de oro atravesando la Europa antigua, la cirílica, la Europa de verdad. Ya de vuelta en Madrid, después de una luna de miel difícil de calificar pero muy interesante de entender, y todavía huyendo de los chinos, alquilan un piso en Marcelo Usera, muy en la lógica de la señora Serafina. Lo primero que hace Serafina es recorrerse todas y cada una de las agencias de viajes de la Gran Vía. Busca información sobre cruceros para mayores de sesenta y cinco años, que hay a patadas, cruceros y gente mayor de sesenta y cinco años. Vuelve al pisito. El pisito tiene un burro dentro. Sobre la mesa de la cocina coloca un montón de folletos frente a Castor. Ahí es donde está la pasta, le dice, en los cruceros culturales de los pensionistas españoles, en el ocio de la tercera edad, en los viejos sin hijos. Cruceros bálticos, cruceros por la Selva Negra, gran crucero del Danubio Azul. Además en estos países tan raros no nos va a buscar ni Dios Padre, dice Serafina. Castor le da la razón sin rechistar. Se la da siempre. Es el amor. Cambian el vestuario de Castor de arriba abajo. Compran trajes de chaqueta finos, pero también camisas con chorreras y levitas

con grandes solapas color naranja. Una chistera y todo. La chistera se la quita cuando Serafina no mira, la verdad sea dicha. Zapatos con puntera.

—¡Ay, señora! ¡Ay, señora, cuidado con mi mano que va sola!

Castor mira a los viejos de ojos brillantes, se ríen como locos, mucho más que los treintañeros, dónde va a parar. Vaya cómo se ríen los pensionistas de España, así que ahí estaba el futuro de nuestra historia, piensa Castor, en los viejos. Los mira y se ríe con ellos hasta partirse en dos y entonces se da cuenta de lo bien que se lo está pasando, de lo fácil que era todo, de que ahora es él el que se ríe, por primera vez.

Después de muchos intentos, y a pesar de los sesenta años de Serafina, pero gracias a su implacable voluntad de hierro, su amor soberano produce un pequeño Serafino.

Después de comprar el Fogonazos y después de comprar el Casino de Torrelodones y luego el Edificio España de la plaza de España y vender el lote completo a los quince días por el doble de su valor, el chino decide que ha llegado el momento de empezar a pensar a lo grande. La china, que además de su traductora es su socia y su hija a la vez, le pone al corriente del tema de los canales de televisión por internet y de las plataformas en streaming, que es donde está lo gordo. Netflix, HBO, Fox, esas cosas. El tema del reciclado instantáneo de plásticos de PVC se lo guardan para dentro de ciento ochenta años. Mientras el chino viaja a Macao para hacer un *hui* de mil millones de euros de nada, la china va a Madrid a ocuparse del asunto del camarero que les ha robado y al que da un buen par de sustos hasta que desaparece de un día para otro. Cuando el chino regresa se ponen a buscar un crítico de televisión para consultarle qué tipo de programa funciona en este momento aquí y por qué y qué *showrunner* hay bueno. Dicen así, *showrunner*. Son unos profesionales. Compran un poco de prensa local. Encuentran cuarenta críticos de televisión en diez minutos. Invitan a uno a cenar el día de Navidad, que el crítico iba a pasar solo de todas formas, como todos los críticos de televisión. Aquí lo que vende ahora es el humor, los realities de crímenes y un poco de historia de los años setenta, les dice el joven crítico. Que está muerto de hambre. También está lleno de esperanza. No sabe de qué. Lo han sentado en la cabecera de la mesa más larga del Pato Laqueado de Pekín de la plaza de Castilla, donde le están sirviendo noventa y cinco platos para él solo justo debajo de una sola lámpara de candelabro de cristal tornasolado de ochenta kilos. Y el terror. El terror también vende mucho, dice, las películas de internado con Belén Rueda y jóvenes actores revelación. Lo único que falta es una serie de humor y terror a la vez, algo que no se ha hecho nunca junto, continúa, probablemente porque el humor y el terror implican reacciones físicas muy diferentes del sistema límbico y culturalmente son géneros muy diferentes y el target es distinto, etc., etc. Ahí la china desconecta porque se aburre. Los chinos se aburren enseguida, siempre. Hasta que al cabo de un rato la china oye esto: Un fantasma da miedo pero diecisiete a la vez dan mucha risa. Eso ha dicho el crítico y luego nada más. Va a ser lo último que salga por su boca. Se ha cogido un gran colocón de glutamato. Antes de perder el sentido, por su cabeza pasan todas y cada una de las carpas albinas del Retiro, como una alucinación. Se lo llevan. Del crítico no se vuelve a saber nada nunca jamás. El chino y la china al principio consideran producir el piloto de una serie sobre superhéroes chinos para que Occidente se entere de una vez por todas de lo que vale un chino, pero les parece algo prematuro. El chino se pone a ver series de terror españolas. Después de ver cincuenta y siete series empieza a ver *Bulimia*. La serie la protagoniza un tal Cheddar. Cheddar es un humorista de unos ciento veinte kilos, rubio, de ojos muy azules, con nariz rota de boxeador. Cheddar en cada episodio saca a un voluntario del público y lo pone a comer huevos fritos y lacón y Panteras Rosas y queso Cheddar hasta reventar. Es humor y es terror, lo pilla enseguida, el chino. Y es un taquillazo. Ve un episodio y ya no quiere ver más, prefiere esperar a que acabe la última temporada. Espera. Espera. Espera. Tiene mucha paciencia, el chino, como si fuera a vivir cinco mil años, que los va a vivir. Cuando se entera de que se ha emitido la última temporada de *Bulimia*, se sienta delante de la tele y ve la serie completa, del tirón, los doscientos episodios sin parar de comer nueces cantonesas. Es una serie que da ganas de comer. Mientras tanto, en ese mes, en esos treinta días, la china empieza a escribir ella sola una serie. Ya ha escrito otra antes pero solo la vieron treinta

millones de españoles, y ella, para tener solo treinta millones de espectadores, se queda en su pueblo de China. Así que va a lo seguro y empieza a escribir el guión de una serie histórica de humor y terror, todo junto. Qué rápido escribe, la socia, se ve que la sangre de varias generaciones de operadoras clandestinas de máquinas de coser corre por sus venas. A veces se aburre y entonces se va a Cobo Calleja para estirar las piernas y hablar con la parentela o coge su helicóptero particular y contempla Madrid desde el aire, Madrid a sus pequeños pies orientales, escoltada por varios helicópteros de la Guardia Civil del Aire. El chino, por fin, se levanta de ver el último episodio de *Bulimia*. Ha engordado diecinueve kilos pero como es chino sigue igual de delgado. Mira los títulos de crédito y lo primero que hace al día siguiente es buscar al representante de Cheddar el humorista. Luego va a buscar a Cheddar a su casa de Martínez Campos, donde Julio «Cheddar» Céspedes se ha quedado a vivir, sin el menor reparo. Ahora no le da reparo nada. Ahora Julio ya no cabe por las puertas. Después de caerse del guindo de cabeza, después de ver la cara de Dios y la espalda de Dios, después de darse cuenta de que la gente a la que no le gusta la gente le gusta a todo el mundo y la gente a la que le gusta la gente no le gusta a nadie, después de esa revelación fulminante que tuvo allí sentado en el pasillo, viendo cómo su sangre se extendía por el suelo como una alfombra roja, no le da reparo nada, no dice que no a nada y dice que no a todo. El chino y Cheddar se entienden inmediatamente, allí apoyados en la barandilla de metacrilato del recibidor de la casa de Martínez Campos, mirando el insondable futuro a sus pies, un futuro que les devuelve el eco de carcajadas chinas empachadas de siglos de gloria. Son iguales. Son forasteros. Son dos enigmas. Empiezan a rodar la serie que ha escrito su hija. La serie es de humor y es de terror, y, efectivamente, se convierte en un éxito de inmediato. Va por la temporada número doce.

La serie se llama *Un fantasma iba a recorrer Europa*.

Los chinos se compran un satélite de telecomunicaciones.

La cara de Julio «Cheddar» Céspedes aparece en la superficie de un ovni interestelar que se manifiesta la tornasolada noche del 2 de agosto en Tabernas, Almería, y al día siguiente en el cielo de todos los aeropuertos internacionales, en el cielo de todos los estadios olímpicos, en el cielo de todos los océanos y del lago Titicaca y de la Antártida y de todos los desiertos calcáreos del planeta, simultáneamente. Luego, se va.

Edición en formato digital: enero de 2021

© imagen de cubierta, Esther García Llovet

© Esther García Llovet, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4162-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

ESTHER GARCÍA LLOVET

Gordo de feria



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas